

Revista 961
11



El Santo Patrono

de Salamanca

San Juan de Bahagún

con motivo

de la Consagración del nuevo templo

erigido en su memoria

La Semana Católica



R.1023

Rev. 4.261
14

La Semana Católica

DE SALAMANCA R.1957



SAN JUAN DE SAHAGÚN
PATRONO DE SALAMANCA

DEPOSITO LEGAL

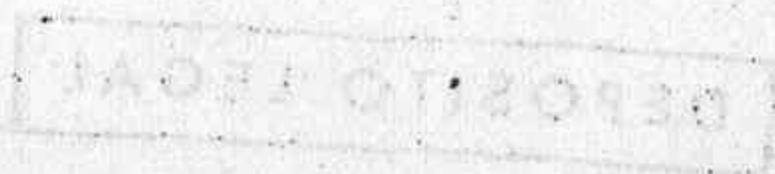


SAN JUAN DE SAHAGÚN EN SALAMANCA

Ahora que conocemos que la mano de la Providencia guiaba al joven sacerdote, canónigo dimisionario de Burgos, y le conducía á Salamanca, con altísimos designios, pensando en la modestia y humilde comportamiento con que atravesaría las puertas de dicha ciudad, á la vez que en el regocijo del ángel tutelar de ella, quisiéramos saber y adivinar las impresiones que recibiría á su entrada y los presentimientos de su corazón, si no es que, acaso por luz de divinas revelaciones, entendía claramente sus futuros destinos.

Siempre en los aciertos de las vocaciones ha colocado el Señor muy halagüenos descansos: son los centros para los cuales nacimos, y en ellos, cual en apropiado elemento, respiramos, con holgura del ánimo, y nada escasa delectación del sentido. Es lo cierto que al abrirse las puertas de Salamanca para Juan de Sahagún, se le abría el anchuroso campo de sus fatigas, la copiosa mies de su cosecha, el teatro de sus estupendos prodigios, su sepulcro venerado y el espléndido trono de su gloria. Y para Salamanca le llegaba el ángel de la paz, santificador de sus calles, plazas y monumentos, su futuro patrono en el cielo.

Ya hacía tiempo que brillaba para Salamanca una aurora dichosa de renacimiento, y su luz se derramaba, coloreada con hermosos matices, por todo el universo globo. Siglo y medio llevaba de existencia su Universidad, si bien zozobrando en la vida de sus comienzos por falta de materiales recursos; pero la Iglesia, que abrigó su cuna en el mismo regazo de sus claustros catedralicios, prosiguió amparándola, dándole casa propia por la mano de su Obispo D. Martín, y con la casa luego las tercias del Obispado, que por la apro-



bación de los Papas, fueron no sólo la base, sino el desahogado elemento de su próspera vida.

Los Reyes Alfonso IX y Fernando III, el Santo, fundadores del Estudio general, señalaron á los patricios españoles nuevo camino de la inmortalidad y la gloria, cuando por la empresa de arrojar á la morisma del suelo de la patria, y fragor continuo de las peleas, no se entendía hubiere más carrera de lustre y esplendor que la de las armas.

Menester era que vencidos los árabes por el ardor de la fe, se les arrebatara la palma de las ciencias, y de paso que la cruz reinaba enteramente en España, afanzara su trono sobre el firmísimo pedestal de la sabiduría. Por esto iba creciendo la Universidad salmanticense, pues con el aumento de las tercias, multiplicábanse unas y otras enseñanzas. No sólo los Papas la colmaban de gracias y privilegios, sino que la Iglesia toda, representada en el Concilio general, la había encomiado.

Pero con todas estas honras y provechos, la Universidad de Salamanca tenía un enemigo despiadado y batallador en su propia casa, siendo así que las letras piden morada de paz y sosiego, y nada está más reñido con las ciencias que los apasionamientos y las iras. La nueva y brillante escuela, que oía bien de lejos el estrépito de las batallas con los moros, presenciaba á diario sangrientas luchas trabadas entre los hijos de la misma Salamanca. Los odios y rencores exacerbados, entre los salmantinos, eran, sin quererlo, el enemigo y los dardos más peligrosos para la continuación del Estudio.

A fuerza de leyes de protección y amparo que otorgaban los Reyes á la Universidad, no se había descuidado de ordenar que ningún vecino perturbara al Estudio, estorbando los actos escolásticos, ni entrando en él con armas (1); pero todavía el privilegio que se ha llamado más notable (y que manifiesta cuánta era la turbación de los tiempos y el riesgo que

(1) Ley de D. Juan II, Toro 15 Abril 1426.—Macías, *Historia de Salamanca*, tom. I, pág. 287.



Salamanca corría de perder sus glorias), es aquel por el que D. Juan II facultaba á la Universidad "para trasladarse, cuando lo estimase oportuno, á cualquier villa ó ciudad de sus reinos, volviendo á ella cuando lo juzgase conveniente,, (1).

No fué necesario: para este fin venía á Salamanca Juan de Sahagún, lleno el pecho de caridad ardorosa y convidando á sus ciudadanos con la paz del cielo. Los mandatos y cédulas de los Reyes, aun sus aguerridas tropas, eran impotentes para sofocar el orgullo y las rivalidades de los caballeros, avezados á las continuas lides, pertenecientes ellos á casas poderosas, con muchedumbre de criados y dependientes armados.

La historia se extiende á la larga refiriendo lo débil que era en aquellas circunstancias el poder central de los Monarcas, presentándose, en cambio, los grandes en sus propios señoríos, con excesivos alardes de fuerza y dominio, accidente que debía resultar de la lucha en que vivían nuestros padres contra los enemigos de la religión, y la donación de tierras y señoríos con que los reyes recompensaban á sus capitanes hazañas heróicas.

Salamanca, á mediados del siglo xv, mejor que la morada y asiento de las letras, semejaba una plaza y castillo de armas; puesto que además de la angostura y tortuosidad de sus calles, el espesor y firmeza de sus murallas, cosas comunes á todas las ciudades en el período de la reconquista, descollaban en cada rua tantas fortalezas cuantas eran las casas de los principales, con sus torres de defensa, desafiando casi á la *fortis salmantina* de la Catedral antigua, ó bien al baluarte de la puerta del Sol, ó Alcázar de San Juan, construídos para amparo de la ciudad.

Pero ya veremos cómo fué llegado el tiempo del reinado de la paz y asegurado con ella el florecimiento del estudio, de donde, llegando su renombre y esplendor á la cumbre de las humanas grandezas, los torreones de las casas se fueron

(1) Dado en Aguilar de Campóo, 16 de Mayo 1421.

amenguando al lado de los góticos minaretes de la Universidad, y de las cúpulas de los colegios mayores, y de las soberbias iglesias de los monasterios, y de las torres de la Catedral nueva, que proclaman, en lo alto de las nubes, los triunfos de la paz, la religión y el saber.

EL OBISPO DE SALAMANCA.

(De la *Vida* del Santo).



VOTO DE LA CIUDAD DE SALAMANCA

AL BIENAVENTURADO JUAN DE SAHAGÚN

CN presencia de Gregorio de la Puente, escribano Real y público del número de la dicha ciudad, y del Ayuntamiento de ella, y testigos infraescritos, y toda la demás gente que presente se halló. Gonzalíañez de Oballe de Herrera, caballero del hábito de Santiago de espadas, señor de la villa de Valverde, y D. Pedro de Zúñiga Cabeza de Baca, caballero del dicho hábito y Comendador del Al-mendralejo, señor de las villas de Flores y Cisla, Regidores de esta ciudad de Salamanca, en nombre del Cabildo, Justicia, y Regimiento de ella y en virtud de la comisión especial, que para lo infraescrito nos fué dada en el consistorio ordinario, que se hizo en cinco dias deste presente mes de Junio de mil seiscientos y dos años, de que pedimos al presente escribano dé fe, y habiéndola dado incontinentemente decimos, que por cuanto el dicho dia esta ciudad recibió por su patron, protector y especial abogado al bienaventurado y glorioso Juan de Sahagún, colegial que fué del muy insigne colegio mayor de San Bartolomé de esta ciudad, y religioso de la

Orden de San Agustín, teniendo atención á los muchos y grandes beneficios que ha recibido esta ciudad por su intercesion en vida y en muerte, y por otras muchas razones que á ello le movieron, que se expresaron en el libro de los acuerdos de dicho consistorio. Y así mismo acordó de feriar el dia de su fiesta, que es á doce dias del mes de Junio con voto perpétuo para siempre jamás. Y nos dió poder y comision en forma para hacer el dicho voto, y juramento solemne en este monasterio de San Agustín, y en esta capilla y altar del glorioso Santo, donde está su cuerpo, aceptando como aceptamos el dicho poder y comision, queriendo usar del y ejecutar y cumplir lo que nos fué cometido.

Prometemos y juramos por Dios nuestro Señor, y Santa María su bendita madre, y por los Santos cuatro Evangelios, y Cruz en que corporalmente ponemos nuestras manos derechas, que desde el presente dia en adelante para todo el tiempo del mundo y siempre jamás habremos y tendremos, y esta ciudad de Salamanca habrá y tendrá por dia de fiesta y feriado el que se contare doce de Junio de cada un año, en que la Beatitud de Clemente Papa VIII por su breve especial ha mandado celebrar su fiesta en el dicho Monasterio, y lo guardaremos como los demás dias festivos que la Santa Madre Iglesia manda guardar, cesando de todos los actos judiciales y labores ordinarias de dias de trabajo, y debajo del dicho juramento prometemos de acudir y que la dicha ciudad, Justicia y Regimiento acudirá todos los años que vivieren para siempre jamás á este Monasterio á las primeras vísperas, á la misa mayor, sermon y procesión de la dicha fiesta, y pedimos y suplicamos al señor don Fernando de Fonseca y Toledo, Dean y Canónigo de la dicha Iglesia Catedral de Salamanca, y Provisor de esta ciudad y su Obispado en Sede vacante que presente ha estado y está, apruebe y confirme el dicho voto y juramento con interposicion de su autoridad y decreto judicial, y á los presentes que sean testigos.—*D. Pedro de Zúñiga Cabeza de Baca.—Gonzalíañez de Oballe de Herrera.—Pasó ante mí.—Gregorio de la Puente.*

Luego incontinenti el dicho señor D. Fernando de Fonseca y Toledo, Dean y canónigo de la dicha Santa Iglesia y Provisor en la dicha ciudad y su Obispado, por los señores Dean y cabildo de la dicha Santa Iglesia Sede Episcopal vacante por fin y muerte de su señoría D. Pedro Junco de Posada, de buena memoria, Obispo que fué de Salamanca, en presencia de mí Luis Perez de Ulloa, Notario de los seis del número de la dicha Iglesia Catedral, y Audiencia Episcopal de la dicha ciudad y testigos infraescritos dijo: que en la via y forma que más ha lugar de derecho aprobaba, y aprobó, como tal Provisor y Juez ordinario de este Obispado, el voto y juramento en la dicha forma, hecho por los dichos señores Gonzalíañez de Oballe de Herrera, y D. Pedro de Zúñiga Cabeza de Baca, en nombre de esta dicha ciudad, y mandaba, y aprobaba y mandó que así la dicha ciudad lo guarde y cumpla como en él se contiene, y en cuanto ha lugar de derecho á todo ello interpuso su autoridad.



LA LÁMPARA DEL SANTUARIO

Y EL ÁNGEL DE LA PAZ

(FANTASÍA)



PROFUNDÍSIMO silencio reinaba en las tortuosas calles é irregulares plazas de Salamanca.

Era más de la media noche del día 11 de Junio de 1479. La noble matrona, plácidamente recostada sobre el Tormes, que parecía arrullarla con el sordo ruido de su cristalina corriente, dormía tranquila, esperando para despegarse la aurora de un nuevo y esplendoroso día.

En la grandiosa iglesia del convento de San Agustín, sólo alumbrada por la vacilante luz de una lámpara, acababan de cantarse los *Maitines* de la infraoctava de *Corpus*.

A los himnos de alegría y cánticos de júbilo de la Iglesia y del Real Profeta había sucedido un silencio sepulcral, sólo interrumpido por el chisporroteo de la lámpara.

Su luz indecisa al reflejar los débiles rayos en los mármoles de las urnas cinerarias que guardaban los restos de ilustres personajes, en las estatuas de santos, bajo góticos doseletes colocadas, ó en los bruñidos medallones, semejaba los pálidos y trémulos destellos de la luna cuando en noche brumosa apenas se reverberan en las rizadas olas de los mares.

La obscuridad del templo le hacía más grande, imaginándose quien le contemplaba que aquella elevada y larga nave era vencido cíclope que, envuelto en negro crespón, lloraba su derrota.

Un religioso, cruzando cautelosamente los claustros, cual si quisiera no turbar el silencio de aquel sagrado recinto, cuna de sábios y de santos, penetró en el soberbio coro, sobre atrevido arco escarzano levantado, y cayendo de hinojos comenzó á orar.

Era el Prior Rvdo. P. Martín de Espinosa, cuya afligida ánima iba en busca de consuelos á los piés de Jesús Sacramentado.

¿Qué pena sentía el santo religioso que así le turbaba y hasta hacía derramar gruesas lágrimas, las cuales, rodando por sus mejillas, vinieron á humedecer las toscas estameñas de su monacal hábito?

*
*
*

El P. Espinosa continuó más de dos horas en oración, como absorto y fuera de sí. Sus ojos se habían cerrado dulcemente, sucediéndose á la borrasca anterior la más plácida calma.

Parecióle entonces que la luz mortecina de la lámpara oscilaba con precipitación, extinguiéndose al poco rato. Mas al

derramar el último rayo, una nube vaporosa, en figura de blanco ángel, de rostro bellísimo y aureas alas, se desprendió de la lámpara.

Sí, no había duda, no era ilusión. Aquella arrogante figura era un ángel de graciosas formas, de semblante henchido de dulzura, de mirada viva y penetrante, que paulatinamente se elevaba hasta las bóvedas del templo, las traspasaba y subía hasta los cielos diciendo: *Yo soy el ángel de la Paz.*

*
* *

Un lego, que todo azorado penetró en el coro, sacó al Padre Espinosa de su agradable arrobamiento.

Venid, P. Prior—dijo el recién llegado—que Fr. Juan se muere.

—¡Bendito sea el Señor que así nos regala!—contestó el santo religioso con la gravedad y cristiana resignación del hombre virtuoso que tiene templada el alma en la hoguera de la oración mental.

Comenzaba á amanecer y las primeras tintas de la aurora penetraban por las amplias ojivas de coloreados cristales.

La luz de la lámpara se había apagado efectivamente y en la no lejana torre de la Catedral, la campana mayor anunciaba á los fieles que existe en el cielo una Madre de bondad, cuyo nombre debemos invocar con frecuencia. El toque matutino del Avemaría convidaba á la primera oración.

*
* *

Cuando llegó el Prior á la celda del enfermo Fr. Juan, había ya espirado. ¡Ah!—dijo entonces el P. Espinosa—todo lo comprendo; aquella lámpara mortecina era símbolo del alma de Fr. Juan, amante queridísimo del augusto Sacramento del Altar, que junto al Tabernáculo ha estado ardiendo hasta abandonar en forma de *Angel de Paz* la región de la muerte. Batió sus alas de oro purísimo de caridad y fuese al cielo.

*

* *

Con la celeridad del rayo corrió la noticia de la muerte de Fr. Juan por toda la ciudad. ¿Quién no conocía al humilde religioso de Sahagún, al predicador insigne, al ángel pacificador de los bandos de Salamanca, al padre de los pobres, al consuelo del menesteroso, al *Santo* en fin?

En torno de su cadáver se apiña la muchedumbre, ávida de contemplar aquel rostro siempre sonriente, besar los pies del virtuoso agustino y llevarse retazos de su hábito, como preciosa reliquia.

A sus funerales asiste la ciudad en masa.

En el templo conventual, convertido en ascua de oro, brilla una luz sobre todas las demás: es la lámpara del santuario, símbolo del alma de San Juan de Sahagún, enamorada de Jesús. Al subir al cielo quedó confirmada en el intenso amor á la Eucaristía. Por eso la lámpara del convento de San Agustín, como rodeada de nimbo glorioso, despide más clara luz cuando el alma del Santo comienza á brillar cual astro de primera magnitud en el cielo empíreo, ante el solio del Altísimo.

NICOLÁS PEREIRA.



SAN JUAN DE SAHAGÚN

TRADICIONES Y RECUERDOS

QUIÉN no conoce al Taumaturgo salmantino? Las calles, las plazas, edificios y viejas encrucijadas de esta ciudad, y hasta los caminos de la provincia, están llenos de sus gloriosos recuerdos, de sus innumerables milagros.

Todos los que de la generación presente vamos haciendo el itinerario de este calvario que se llama vida, y á quienes



EL MILAGRO DEL POZO AMARILLO

(Relieve del Sr. Marinas colocado en la fachada principal del templo)

DEPOSITO LEGAL



las precoces canas nos van anunciando la proximidad de la vejez, ese invierno, última estación de nuestra existencia sobre la tierra, recordamos las mil tradiciones que de milagrosos sucesos de la vida del hijo de Sahagún nos contaban cuando niños nuestras madres, mientras que, reclinados sobre sus aldas y acariciando nuestras blondas cabelleras, nos mantenían en infantil éxtasis, evitando con sus poéticas narraciones que nuestros ojos se cerraran prematuramente al sueño.

¡Qué de impresiones sentíamos oyéndolas contar que un toro escapado, bajando por la pendiente calle que desde la plazuela Episcopal conduce á la puerta del Río, se encontró de frente con San Juan, y éste, lejos de huir precipitadamente, como era natural, hizo la señal de la cruz y, poniendo su mano sobre el testuz del fiero animal, le dijo: —Detente, necio—y el toro se arrodilló ante el Santo en señal de obediencia y acatamiento! Nuestra infantil imaginación, propensa, como todas las de los niños, á la hipérbole más exagerada, agrandaba colosalmente los contornos del cuadro, espantándonos la fiereza del toro y asombrándonos la serenidad y confianza del Santo.

¡Y qué de ilusiones, y hasta deseos de santidad, despertaba en nuestras tiernas almas oír las contar los éxtasis de San Juan, durante su permanencia en el celeberrimo Colegio Viejo, éxtasis que lo levantaban sobre el suelo, en medio de resplandeciente nimbo; y la noche en que teniendo aún que rezar algunas horas y careciendo de luz, iba á salir en su busca, cuando penetró en su celda por la abierta ventana un chorro de la celestial, —que desde un ciprés del inmediato jardín del Colegio le enviaba, para alumbrar su breviario, angélica mano!

No nos era menos grata la milagrosa suspensión del albañil, despeñado en una obra, cuando providencialmente pasaba el Santo, al cual clamó, diciendo: Fray Juan, valedme.—Hombre, espérate, que voy á pedir permiso al Padre Prior, para

que bajas sin hacerte daño, pues no puedo hacer milagros sin su licencia (1).

Y aquel cuerpo pesado y despedido con violencia de los andamios, contrariando todas las leyes de la gravedad, quedó suspendido en el aire, cual leve vapor acuoso en la atmósfera.

Llegado el Santo á su convento, pidió el permiso á su Superior para hacer el milagro, y enterado éste del suceso le dijo: —Pero hermano, ¿qué más milagro queréis que tenerlo en el aire? Id, id y terminarlo á vuestro gusto. Y cuenta que desde entonces el Prior le levantó la prohibición que le había impuesto.

No nos entusiasmaba menos, solo que con ilusiones menos tranquilas y dulces, otro que nos contaban también, que sucedió muchísimos años después de la muerte de San Juan, puesto que fué á principios del actual siglo, á la sola invocación del nombre del Santo, suceso que no queremos omitir por acaecer en tiempo análogo al que estamos pasando.

Era un día de la feria de Septiembre, de esta feria que desde poco más de mediado el siglo xv viene todos los años celebrándose en Salamanca. Había lidia de toros en la plaza Mayor, como entonces se acostumbraba. Un toro saltó al tendido, y por el arco de ingreso al mercado del Corriño se fugó de la plaza, abandonando precipitadamente los dueños las mercancías que en aquél tenían, pero no pudieron evitar que cogiese á un pobrecito niño de cuatro á cinco años, suspen-

(1) Tengan en cuenta los lectores de LA SEMANA CATÓLICA que narramos los hechos tal como tradicionalmente se cuentan entre el pueblo, sin tratar en este artículo de fijar ni la veracidad de los hechos, ni su carácter sobrenatural y milagroso. El que lo desee, acuda á las actas del expediente de canonización y diversas vidas del Santo, escritas por plumas tan eminentes como la de nuestro Ilmo. Prelado; aquí queremos sólo conservar todo el sabor popular y legendario; y así, respecto á esta tradición del albañil, cuentan que como tantos milagros el Santo hacía, y las gentes corrían en pos de él para obtener sus favores, el Prior le prohibió que sin su consentimiento hiciese más milagros. Hé aquí la tradición; la verdad después será otra.

diéndolo por los vestidos entre sus agudas astas. La madre, que no tuvo tiempo para librar á su hijo de la rápida embestida del animal, no le abandonó á pesar de su terror, y llena de espanto y angustia, corría detrás del toro que se llevaba un pedazo de sus entrañas, clamando: "Salvadle, San Juan de Sahagún, salvadle,.. El toro huía sembrando el terror por la calle de Sordolodos, Compañía y Serranos, á salir á la plazuela hoy de Fray Luis de Leon, donde se alzaba el convento de Agustinos, que guardaba en su seno el precioso cuerpo del Santo, y en la escalinata que daba acceso á la iglesia, el toro, bajando su cabeza, dejó ileso al niño, que había llevado hasta allí sin asustarle.

Las gentes que seguían á la aterrada madre, comprendieron que había mucho de providencial y no poco de milagroso en este hecho.

Seríamos interminables si hubiéramos de contar todas las tiernas tradiciones, todos los históricos recuerdos, ya de milagrosos sucesos, ya de favores alcanzados durante la vida y después de la muerte del Patrono salmantino.

Sólo diremos, para terminar, que nuestras madres tenían en él un especial abogado para sus pequeños hijos, los cuales ofrecían al Santo, sobre todo estando enfermos, pues abrigan la firme esperanza de que enseguida obtenían por su mediación ó la salud querida, si les convenía, ó los libraba de los sufrimientos de larga enfermedad de imposible curación, colocándolos cuanto antes entre los coros angélicos.

¡Cuánto hubieran gozado al contemplar el lujoso y lindo templo alzado á su Santo favorito por la munificencia y constancia de nuestro ilustre Prelado, hermano suyo en religión, ellas que vieron no caer, sino volar al impulso de los barrenos de la moderna revolución, el renombrado monasterio de Agustinos al poco tiempo de inaugurarse de nuevo sobre las ruinas del antiguo!

Lástima que hayan desaparecido nombres y objetos que frecuentemente recordaban los pasos y permanencia de nuestro patrono en esta ciudad; sobre todo es de lamentar la corta

del viejo ciprés del Colegio que le albergó en su seno, mandada llevar á cabo por un moderno é irreligioso gobernador para halagar pasiones anticatólicas y revolucionarias.

JACINTO VÁZQUEZ DE PARGA.



OLOR DE SANTIDAD



UANDO en 1622 los jueces que entendían en la causa de canonización de San Juan de Sahagún, abrieron la urna que contenía las reliquias del Santo, ciento veintitres años después de su muerte, emanaba de los sagrados restos “un olor tal, que los presentes se admiraron.”.

Y es un hecho tan generalmente conocido la incorruptibilidad y fragancia prodigiosa de los cuerpos de los santos, que en el lenguaje con que el pueblo materializa las ideas, hay esta frase: “morir en olor de santidad.”, que es como la canonización primera y popular con que son honrados los siervos de Dios al salir de este mundo.

¡Olor de santidad! Para muchos significará esto algo inmaterial, percibido solamente por almas escogidas; algo de comunicación celestial, reservada para los espirituales y perfectos; y no creerán en ese olor material y tangible que puede percibir el sentido, como se percibe el color y consistencia también maravillosos del incorrupto cuerpo de los héroes de la virtud.

En Salamanca, hoy, es de fácil experimentación este hecho, que nosotros mismos hemos comprobado no hace mucho. Existe en el convento de Padres Carmelitas descalzos de esta ciudad un arca de madera que contuvo el cuerpo de San Juan

de la Cruz, y de la cual se sacaron los sagrados restos hace más de doscientos años. Hoy todavía al acercarse y levantar un poco la tapa que cierra la urna, se percibe clara y distintamente un olor de penetrante y subido aroma. Olor indefinible, pero real y material. Las aspiraciones por el olfato, rápidas y frecuentes, con la mayor cantidad de aroma absorbido, exaltan el olor, contribuyendo quizá también á ello la oxidación producida y favorable á la formación de todas las esencias.

Un estudio químico detenido pudiera probablemente señalar la combinación de olores que produjera un olor semejante. Á la simple inspección organoléptica nos pareció á nosotros respirar una atmósfera extraña, perfumada de flores, en el arca de San Juan de la Cruz.

El poético cantor de los místicos amores del Carmelo parece que ha dejado en sus cenizas las huellas olorosas del "aire del almena,, del "ventalle de cedros,, y de aquel estar de su cuidado "entre las azucenas olvidado,,.

¡Y sus cenizas dejan todavía en la urna porque pasaron un aroma que dura ya dos siglos! Indudablemente que la vida especial de cada santo, dentro de las leyes generales de la perfección cristiana, imprime un carácter particular á su alma y á su cuerpo.

Un hombre de ciencia, Charles d'Espiney, estudiando el ascetismo en sus aspectos moral y fisiológico, demuestra cómo, supuesta la acción divina de la gracia y por la mortificación constante, el cuerpo de los santos llega á espiritualizarse, á "sobrenaturalizarse,, de tal modo, que las leyes de la materia ejercen la menor acción posible sobre él.

¿Qué de extraño tiene, por consiguiente, que la carne así transformada, al ir al sepulcro y ser puesta bajo los agentes de la putrefacción, en vez de miasmas corruptores produzca aromas vivificantes? ¿Nos asombran acaso las elevadas combinaciones orgánicas que en *equilibrio inestable* sostiene la acción de la vida en los cuerpos organizados, contra la afinidad niveladora de la química mineral?

Quédese la extrañeza para algún neosabio trasnochado, que se sonreirá todavía *científicamente*, mucho más tratándose de *santos olores*. Y decimos "todavía", porque hace tiempo que pasó de moda lo de los conflictos entre la religión y la *ciencia*.

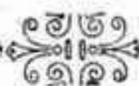
Llamada la química á analizar las esencias emanadas de las reliquias de los santos, no tendría que decir más que se trata de hidrocarburos, que no les produce la putrefacción ordinaria de los cuerpos orgánicos.

Preguntado el sentido común del género humano, dirá que es el cuerpo extraordinario de un sér privilegiado, exento, en cierto modo, de las leyes de la corrupción.

La voz del pueblo, sin ser interrogada por nadie, ha dicho ya que se trata de un santo, y que aquel olor maravilloso es..... el *olor de santidad*.

JUAN DOMÍNGUEZ BERRUETA.

15 Agosto, 1896.



EXEGI MONIMENTUM



Al colocarse, *in caput anguli*, en 1.º de Marzo de 1891 la primera piedra del que había de ser monumento consagrado á la memoria del glorioso Patrono de Salamanca, no faltó entre los que contemplaran los planos de la proyectada iglesia parroquial quien, sabiendo que nada subvencionaba el Estado para las obras, y constándole, por otra parte, de la apurada situación del Prelado de la diócesi enfrente al difícil problema de *cal y canto* que se le ofrecía en otras muchas de sus parroquias, hubo de pronunciar esta frase, entre recelosa desconfianza y obscuro pesimismo: *Tarea tiene ya nuestro Obispo para rato.*

Solo que las humanas trazas suelen salir fallidas muchas veces, como venturosamente ha acontecido en este caso. Porque, en verdad, *el rato* no ha sido muy largo que digamos; sobre todo, si se tienen en cuenta las dificultades, ni interrumpidas ni pequeñas, que ha habido que abordar con ánimo resuelto y vencer con constancia inquebrantable. Así tenía que acaecer para que se notara un hermoso paralelismo, una cabal armonía entre la vida de contrariedades y tribulaciones del *Santo* y la edificación costosa de su templo.

¿Y quién ha engastado esta nueva joya, en sustitución de las muchas y valiosísimas que mano criminal arrebatara, al collar de soberbia arquitectura que aún ostenta majestuosa Salamanca? *Un pobre fraile* de la orden Agustiniana, responderán algunos. Otros: un Prelado generoso, de alma grande y genio emprendedor. Aquéllos: las larguezas de personas dadivosas y acaudaladas. Éstos: la piedad de los salmantinos, que anhelaba un lugar decoroso y digno para su Patrono bendecido. Y acaso, acaso no faltara razón á cada cuál en sus respectivas afirmaciones. Pero yo entiendo que daría la solución exacta quien dijera: el *regalo* lo ha hecho la Providencia de Dios.

Porque la Providencia, en efecto, que en otros tiempos envió á Salamanca al suspirado hijo de Sahagún, para que con su palabra ardorosa alzara el templo de la paz en el humeante suelo de la discordia y las enconadas rivalidades de los Bandos, fué también la que sacó del sosegado retiro de su celda á otro humilde Religioso agustino, con el fin de que hiciera revivir en esta ciudad, de entre los hacinados escombros de sus ruinas, fin de siglo, el espíritu del arte religioso y le devolviera aquella exuberante lozanía que tuvo en las pasadas centurias.

La Providencia la que prestó alientos á nuestro venerable amadísimo Prelado para que, sin desmayos ni vacilaciones, acometiera una empresa cuyos resultados pasman al mismo que la concibió y tan felizmente hála llevado á cabo.

La Providencia la que le otorgó exquisito tino y suave for-



EL EXCMO. É ILMO. SR. OBISPO DE SALAMANCA

ta leza para orillar los obstáculos que, en la ejecución de su plan, se le presentaban por algunos elementos de la población, cuando acudían en cavilosas apelaciones y recursos desestimados y le escatimaban las líneas del perímetro sobre el que se había de levantar el edificio.

La Providencia la que le proporcionaba por manos espléndidas lo que manos mezquinas juzgaban oportuno denegarle;

la que encendía, en fin, el sacro fuego de la piedad en almas, si privadas de bienes de fortuna, ricas, en cambio, en tesoros de cariñosa ferviente devoción, y entusiastas de las glorias de Juan de Sahagún y de la ciudad que le albergó en su seno; las cuales almas se consideraban muy dichosas con aportar su modesto granito de arena á la ingente fábrica, que vemos coronada con el estandarte victorioso de la redención.

Con el aunado concurso de todos estos elementos, al calor de la iniciativa vigorosa del *pobre fraile*, del Obispo de miras elevadas y fecundas, de temple de acero en sus decisiones y de ilimitada confianza en los auxilios de lo alto, alzóse gallardo y magnífico el templo, en cuyo frontispicio, contrastando hermosamente con la sencillísima inscripción que en él campea, pudiera el eximio autor de la *Vida de San Juan de Sahagún* haber esculpido con su buril de oro y los sentimientos de soberano artista, como dedicatoria de este otro gran libro de piedra al Angel de la Paz, el dicho celebrado del poeta: *Exegi monumentum aere perennius*.

TOMÁS REDONDO.



FRAY JUAN EN SAHAGÚN

ALGO habrá pasado en la casa solariega de los González de Castrillo, según la gente que de toda la villa de Sahagún se agolpa hacia la puerta. Un grupo de caballeros, formando corro aparte, discuten con bastante viveza, y sobre si D. Martín de Castrillo se ha excedido ó no en punto á volver por su honra, casi llegan á cruzar las espadas. Los escuderos y gente de armas comentan el lance desde el punto de vista de su arte, ponderando con vivacidad de aficionados la destreza de los contendientes. Los pocos la-

bradores y menestrales que se acercan para enterarse del caso como de limosna, se encogen de hombros, murmurando en voz baja: cosas de ellos y ellos, allá se las vean con su honra, que para esto ciñen espada.

Y lo que había sucedido no era ningún milagro. Sancho Herrezuelo y Martín García, dos hidalguetes de Villelgua, se encontraron por casualidad en el zaguán de la casa. Acompañaba á Martín García su hijo Juan, y Sancho Herrezuelo era cuñado de Martín Castrillo, dueño de la casa. Los dos hidalguetes, que á la cuenta estaban ya *distanciados*, como ahora se dice, se trabaron de palabras, y como entonces los discursos no tenían gran fuerza, apelaron á otro argumento más convincente y tiraron de espada. Juan García se puso al lado de su padre. Castrillo, al notar que en su propia casa se acometía á su pariente, se puso al lado de Herrezuelo, y entre los chillidos de las mujeres y el alboroto de la vecindad, quedó herido Sancho Herrezuelo y Juan García con la cabeza poco menos que partida por un cintarazo de Castrillo, que tenía en estos lances la mano un poco áspera. La cosa no pasó más adelante por haberse presentado en la escena Fray Juan, hermano de Martín Castrillo, y que se hallaba en la casa, llevado por la providencia para remediar éste y algún otro desaguisado.

Mientras estaban los curiosos explicando y comentando el hecho, subía Maese Zacarías, con su luenga barba, el ligero repecho con que termina la calle al desembocar frente á la consabida casa. Seguía un joven medio estudiante, medio aprendiz, que llevaba colgada al cuello, á guisa de nuestros vendedores de cerillas, una caja de madera, ni muy grande ni muy nueva, la cual, provista conforme lo reclamaban las circunstancias, contenía casi toda la botica que se usaba en el siglo xv.

Al entrar en el zaguán, se encontró primero con Sancho Herrezuelo, examinó la herida, y sin decir palabra, la lavó,

sacó de la caja las indispensables hilas, las bañó con un líquido que hizo destilar de un pomito, aplicó el bálsamo, vendó la herida y mandó que retiraran al paciente con cuidado á descansar. Nadie preguntó á Maese Zacarías si el herido sanaría, ni él se molestó en tranquilizar á nadie. Ya se sabía que Maese Zacarías era tan hábil físico, como adusto de carácter; pero donde ponía la mano, era casi seguro el remedio, ó si no, no la ponía. Bien se vió en cuanto se acercó al desventurado joven Juan García. Daba compasión ver á éste en lo más florido de la edad, con la cabeza caída más que apoyada en la rodilla y brazo de su padre. Maese Zacarías apartó un poco los pelos para ver la herida, le levantó los párpados, y sin encomendarse á nadie, soltó el pronóstico con estas palabras: "Excusado es curar á éste; háganle la sepultura, que muerto es."

Lo que pasó por el corazón del padre, fácil es suponerlo; pero algún otro corazón se sintió lastimado, puesto que se oyó un grito ahogado de dolor. Era Martín de Castrillo que se lamentaba de su mala ventura y del desdichado acierto que había tenido su espada. Aquellos caballeros eran tan fáciles en desenvainar la espada, como en lamentarse de los desperfectos que con ella causaban.

Al levantar los ojos Maese Zacarías, se encontró con la mirada de un Religioso agustino, que de pié y con los brazos cruzados, presenciaba aquel cuadro de desolación. Maese Zacarías quedó como subyugado y rendido por aquella mirada poderosa y penetrante, en la que leyó cosas muy altas, cuya fórmula no llegó á encontrar, pero que podría traducirse en estas palabras: lo que no puede la ciencia, lo puede la fe. Ya vendrás á mandamiento.

Fray Juan estaba conmovido al ver el estado de Juan García, del padre de éste y de su hermano Martín; pero más lo estaba todavía por la desgracia de Maese Zacarías. Era ciego de alma, mas aún, tenía el alma muerta: no tenía fe, era judío.

Maese Zacarías salió de la casa sin dar muestra de la turbación de su ánimo, no tan presto que su criado no oyese que Fr. Juan pedía un poco de aceite, disponiéndose á curar al desgraciado García.

—¿Este es Fr. Juan?—preguntó á su criado.

—Por las señas, él es, porque dicen que es alto, pálido y de ojos muy vivos.

—En efecto, tiene los ojos vivos—repuso el físico—respirando por la llaga.

—Pero ¿qué pretende hacer con el herido, que ha pedido paños de aceite? ¿Si creerá que se puede curar á un muerto? dijo el criado, para lisonjear á Maese Zacarías.

—¿Quién sabe?—rugió éste, más bien que pronunció.

Para Maese Zacarías era cosa de desesperarse lo que le estaba pasando. La peste estaba haciendo estragos en Sahagún; Maese Zacarías había dicho en confianza que la enfermedad tenía gran fuerza y ocasionaría muchas víctimas. Efectivamente, callandito y sin ruido, desde que Fr. Juan entró en la población cesaron las invasiones y los enfermos mejoraron lentamente. Isabel, la hija de Martín, muerta estaba, él mismo lo había visto; y va Fr. Juan, la coge de la mano, la lleva al cuarto donde estaban sus padres llorando y se la entrega viva y sana. ¿Por qué vos matáis? les dice, porque una muchacha se desmaye pensáis luego que es muerta..... ¿Cuándo á él, al afamado Zacarías, le había sucedido otro tanto?... Los enfermos que hasta entonces había desahuciado, en el cementerio estaban. Ya Isabel era una excepción, ¿sanaría también el joven del zaguán?...

El pobre físico se enredaba cada vez más en esta madeja de cavilaciones. Pasó mala noche; á la mañana siguiente le entró en gana dar un paseo para despejarse. Esto se decía á sí mismo, pero en el fondo lo que quería era salir de la incertidumbre, saber si el joven había muerto ó no. Así es que sin darse cuenta se encaminó á los alrededores de la casa de los Castrillos.

La suerte le deparó la manera de enterarse de lo sucedi-

dó. Dos mujeres iban en conversación delante de él; á una de ellas la había visto en la casa y estaba enterada de todo, según la importancia que daba á sus noticias.

—No hija, no, ¿qué ha de haber muerto, decía? Todos lo creían, pero Fr. Juan empeñado en que no, y se salió con la suya. La verdad es que no tenía movimiento ninguno; lo llevaron á la cama de Fr. Juan, y tal como le dejaron, así se quedó. Durante la noche, nada, hasta que esta mañana, al entrar su padre, abrió los ojos como espantado y dijo con voz clara: ¡Santa María! ¿de dónde vengo? No ha dicho más, pero se le vé que vá mejorando.

—¿Y á tí qué te parece? ¿Sabrá Fr. Juan algún secreto para hacer estas curaciones?

—¡Secreto!.. El secreto es que Fr. Juan es un santo, pero un santo que hace milagros. Estoy harta de decirlo, pero de la tía María nadie hace caso. ¿Te acuerdas cuando siendo niño se subía á este poyo para predicar á los rapaces de la villa? Pues desde entonces se lo tengo pronosticado.

Bastante había oído Maese Zacarías. El joven solemnemente desahuciado por él el día anterior, no había muerto, antes bien iba mejorando. Esto no podía continuar así. El hombre quería indignarse, y al buscar en su corazón la vena del odio y del rencor, contra Fr. Juan, él mismo se admiraba de no dar con ella. Por fin se resolvió á tener una entrevista con Fr. Juan y darle sus quejas, diciéndole en resumen: si eres profeta, dilo á voces, y sepa cada uno á qué atenerse.

En presencia de la santidad, la ciencia se sintió muy achicada; sin embargo, el agustino recibió al físico con tanta afabilidad, mejor aún, con tanta caridad, que Maese Zacarías se animó á manifestar el objeto de su visita. Fr. Juan le tranquilizó completamente, dándole á entender que el caso no se repetiría mientras permaneciese en la villa. Le indicó también que no dejase de venir á verle, porque entre los dos tratarían de dar vista á un ciego.

Maese Zacarías se esponjó viéndose asociado á una cura-

ción importantísima, por más que disimulase su satisfacción, y aunque le ocurrió preguntar quién era y dónde estaba el ciego, se quedó con la curiosidad, y se fué á registrar en su gabinete todos los libracos que tratasen de la ceguera.

Volvió una y otra vez, tuvo algunas encerronas con Fray Juan, y supo por fin que se trataba de la ceguera judáica, que el ciego era él, Maese Zacarías en persona; y vió con los ojos del alma y dió gloria á Dios.

Ocho días después las campanas del monasterio de San Benito tocaban á fiesta; era un bautizo, el de Maese Zacarías. Después de la ceremonia, delante de la comunidad de monjes y de los notables de Sahagún, soltó la lengua y habló de los milagros de Fr. Juan, uno de los cuales, y no pequeño, era su conversión. Y con tanto entusiasmo habló del religioso agustino, que toda la población fué tras el nuevo cristiano para dar las gracias á Fr. Juan, por cuya intercesión se habían visto libres de la peste. Atravesaron gran parte de la villa, y la oleada de gente iba creciendo en cada bocacalle, hasta llegar á casa de los Castrillos, donde la muchedumbre pedía á voces que saliese Fr. Juan, que saliese el Santo.

El pájaro había volado. Como si hubiese olido algo de lo que se preparaba, ó conociendo que Maese Zacarías se despacharía á su gusto, por la mañanita tomó el camino, sin despedirse de nadie.

—No hay que darle vueltas—decía el converso Zacarías,—es un Santo que sabe disimular su santidad, y donde no puede menos de descubrirla, rehuye admirablemente sus honores.

Los que iban á marcharse eran los hidalgos de Villelgua, Sancho Herrezuelo, Martín García y su hijo, éste curado por completo, y convertidos en amigos los rivales irreconciliables, merced á las palabras y ejemplos del Ángel de la Paz. Los vecinos les acompañaron hasta fuera de la villa, honrando al Santo en la persona de sus favorecidos.

Maese Zacarías tenía razón. Cuando el milagro del pozo Amarillo, para huir de las aclamaciones, el Santo cargó con una cesta de peces, y fué tenido por loco. Más todavía, supo

ocultarse de tal manera entre otros varones ilustres en santidad en el convento de San Agustín de Salamanca, que hizo dudar á los religiosos que le sobrevivieron, si los primeros milagros acaecidos á raíz de su muerte, eran suyos ó de otros frailes que estaban sepultados junto á él, porque, según decía Fr. Hernando de Logroño, sacristán á la sazón de aquel convento, "en la vida parecían tales como él, y aun...."

RAMÓN BARBERÁ.

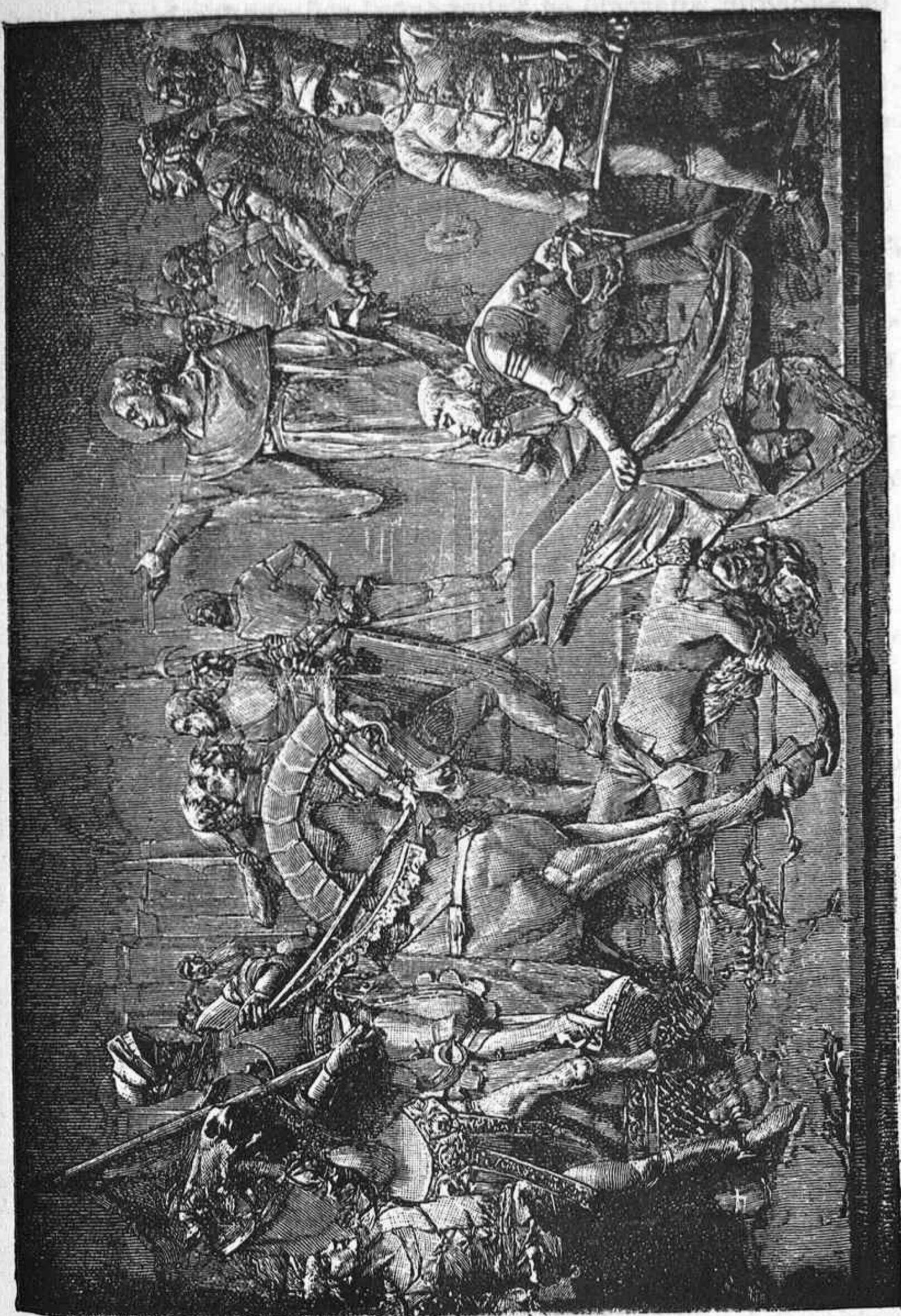


LA PALABRA DEL APÓSTOL



os que lleguen á comprender cuán difícil es mudar en caritativa la naturaleza del usurero que bebe la sangre de sus prójimos como el tigre en su guarida la de la presa inocente; los que se hallen convencidos de la inútil solicitud de los Congresos de Antropología criminalista, que pretenden reformar, sin la ayuda de Dios, los sistemas penitenciarios, y los que hayan contemplado las luchas morales de la humanidad y el desenlace sin nombre de los dramas horribles, las discordias intestinas y los odios de raza, que estallan como volcanes en ciudades armadas y en pueblos que se despedazan mutuamente..... comprenderán la obra de San Juan de Sahagún por la eficacia y virtud de aquella palabra, eco del Verbo, que "ardía como una llama," y era "penetrante como espada de dos filos,."

En su nacimiento, que tuvo lugar en el día de San Juan Bautista; en su niñez y adolescencia, durante las cuales apaciguó los ánimos de sus compañeros, se manifestaba ya el futuro Apóstol, cuya voz no hubiera de perderse en el desierto, sino que había de resonar en el tumulto de las socie-



SAN JUAN DE SAHAGÚN PACIFICANDO LOS BANDOS DE SALAMANCA

(Relieve del Sr. Marinas colocado en la fachada principal del templo)

DEPOSITO LEGAL

dades con triunfos y resultados positivos. Cuando San Juan de Sahagún apareció en Salamanca, refieren los historiadores con muy negras tintas, que los bandos encontrados hacían de aquella ciudad verdadero campo de lucha, donde, á cada hora, la sangre salpicaba los hogares, las calles, las plazas y los templos del Señor. Providencia fué de Dios el enviar á este Apóstol, cuya palabra vibrante lo mismo hacía surgir de las ondas al niño sepultado en ellas, que detenía al toro furioso en actitud de embestir; ora acallaba los gritos de las muchedumbres como Jesús las tempestades del mar; ora establecía corrientes impetuosas, y sacudiendo nervios, arrancaba lágrimas y sollozos, lamentos y quejidos, plegarias de caridad y de perdón á todas aquellas gentes que concluían por arrojar el puñal del asesino á los piés del Santo. ¡Triunfo inaudito que tres Reyes españoles no lograron alcanzar con el poder de sus ejércitos!

En vano se conjuran contra él las amenazas, las injurias y los peligros de los hermanos fraticidas: San Juan de Sahagún se abre paso por entre ellos cual Moisés por entre las olas del mar Rojo, como Jesús por entre las muchedumbres de los judíos que quieren apedrearle, como la Magdalena por entre las lanzas de los soldados que quieren detenerla. Nadie resiste á las influencias y al amor de aquella palabra, que como el sonido de la trompeta de Josué, rompe las cadenas de los corazones esclavos y desploma los muros donde los odios rugen y licúa las nieves que parecen eternas en las cumbres del orgullo y el despotismo de un Príncipe, derribado por la voz de San Juan de Sahagún, como Saulo en Damasco por la del Verbo, como Atila por la de San Leon, como el feroz Ezzelino por la de San Antonio de Pádua.

Si quisiéramos resumir lo que con su palabra alcanzó San Juan de Sahagún, diríamos que hizo brotar los lirios de la pureza en los lugares de la prostitución y lascivia; que trocó los leones en corderos, á los iracundos en mansos, á los soberbios en humildes, á los ladrones en caritativos, en abrazos los odios, las injurias en perdón, y á turbas de bandidos y

malhechores en legiones de almas que iban á escalar el cielo por el camino de la soledad y de los claustros. Fué mensajero de la paz y caridad divinas: fué un Apóstol, y por su vida de Apóstol, que es un himno al progreso, se hace acreedor á nuestras oraciones y á nuestras lágrimas, á que su recuerdo se perpetúe en la memoria de todos, en mármoles y en bronce, en estátuas y en iglesias como la nueva de esta ciudad, teatro de las grandezas y glorias de San Juan de Sahagún.

FR. ZACARÍAS MARTÍNEZ NÚÑEZ

Agustino.

Escorial, Agosto de 1896.



EL ÁNGEL DE LA PAZ

¡Luto y desolación, llanto y ruina!
el bélico pendón odioso ondea;
la ira por las calles se pasea;
el ángel de la muerte se avecina.

Nadie ante su rival la frente inclina;
el odio en las espadas centellea;
en toda la ciudad la sangre humea;
hermano con hermano se extermina.

¡Espantosa es la lid, sin esperanza...!
El fuego crece y crece.... Un hombre en tanto
entre la tempestad sereno avanza
y se hace oír en medio del espanto.
Le escucha el pueblo y deja espada y lanza
ante su ángel de paz, Fray Juan, el Santo.

TEÓFILO MÉNDEZ POLO.



LA CUBA DE SAN JUAN DE SAHAGÚN



ADA, que están de enhorabuena los amigos de empinar el codo. Sí, señor, tienen á San Juan de Sahagún de su parte.

No se crea que esto significa que el bendito Santo fomentara el vicio de la embriaguez. Librenos Dios de afirmar semejante dislate.

Jesucristo convirtió el agua en vino en las bodas de Canaá á instancias de su Madre Santísima, y nadie tachará al Divino Maestro por este rasgo generoso.

Pues algo así acaeció en Salamanca en tiempo del gran Pacificador de los Bandos.

¿Que cómo sucedió?

*
* *

Pues señor, que aquel año la vendimia habia sido un desconsuelo: poca uva y mala. ¡Vaya un invierno triste que iban á pasar los adoradores de Baco! Cada cuartillo, y aguado, costaba un ojo de la cara. Y si el vino era escaso, lo que es la moneda estaba por los cielos.

Las cubas del convento de San Agustín, otros años rebo-sando mosto, con el que se servía el menguado vino que era menester para la comunidad, dando el resto á los jornaleros y pobres, estaban ahora exhaustas cual bolsillo de cesante ó tesoro español, que para el caso es igual.

Y nunca había hecho falta como entonces el vino. Precisamente llegaban á las puertas del convento multitud de obreros pidiendo trabajo, y á los que el P. Prior empleaba en la restauración del convento y en labrar la huerta, los cuales ¡pobrecillos! hubieran estimado como gran obsequio enjugar

el sudor del rostro con un refresco *de lo morado*, capaz de darles más fuerzas que los más succulentos manjares.

*
**

Acababa de encargarse del oficio humilde de refitolero un hermano novicio, muy conocido ya en Salamanca por su santidad.

—Tomad, Fr. Juan,—le había dicho el Prior—las llaves de la bodega. Una sola cuba tiene vino, hay que estirarlo.

—Bien—contestó bajando los ojos el novicio.

Y pasaron días y meses y la cuba no se agotaba; antes bien, el vino era cada vez más exquisito y abundante.

Los religiosos apurando los vasos en la hora de la moderada refección, se miraban atónitos como preguntándose unos á otros: ¿de dónde ha venido este riquísimo néctar que sabe á licor del cielo?

Hasta por los claustros se percibía un aroma de ambrosía que embalsamaba el aire procedente de la cuba milagrosa; y no digamos lo mucho que aguijoneaba el ansioso paladar de los infelices obreros, aquel olorcillo que les tenía como desatinados y fuera de sí.

*
**

—Allí viene Fr. Juan, que es refitolero, vamos á pedirle un trago—decía uno.

—¿A que no te atreves?

—Vaya si me atrevo. ¿Y quién no tiene valor para pedir á un Santo?

—Pues, por lo mismo. Va á llamarte borracho.

—Los santos son intransigentes con el pecado, pero amables y cariñosos con el pecador. Además, que en esto no hay falta ni venial.

—¡Ea! pues animate.

El Santo se acercó á los obreros sonriente y les dijo: Aca-

bo de escuchar vuestra conversación. Pedid permiso al Padre Prior, y os daré todos los días lo que deseáis.

En efecto, desde aquella tarde pudieron saborear el prodigioso vino, tan excelente cual jamás lo había imaginado la fantasía del más refinado bebedor.

El suceso corrió de boca en boca y se tuvo por milagroso.

Dos siglos después aún se conservaba en el convento de Agustinos de Salamanca, como afirma el historiador Vidal, la vasija prodigiosa, que se llamó desde entonces: *Cuba de San Juan de Sahagún*.

NICOLÁS PEREIRA.



SALAMANCA Y EL SIGLO XIX

SE está concluyendo en su lecho de muerte, entre convulsiones eléctricas y... dolores de cabeza, el siglo XIX, y ya va siendo hora de que pensemos en echar la cuenta de lo que debe Salamanca al siglo que se acaba.

Claro está que no he de ser yo tan osado que me atreva á comenzar semejante balance, por lo cual dejaré la palabra á la culta Atenas española, para que ella misma, asomada á la bocina del teléfono—por rendir un tributo á nuestras costumbres—nos diga su opinión.

Y como en el teléfono pierde mucho la voz, de tono y de intensidad, eso te explicará, lector benévolo, el por qué en todo lo que aquí vas á leer, si no te abandona la paciencia, no conocerás—para desgracia tuya—ni la palabra castiza, ni el período elocuente, ni la gallardía y buen gusto que de nuestra sabia interlocutora eran de esperar. Dice así:

*
* *

Bajo la pesadumbre de mis glorias dormía dulcemente, sin querer abrir los ojos por no ver lo que pasaba, cuando me despertaron, anunciándome que había nacido un siglo tan precoz cual no se ha visto otro.

Me incorporé y me hablaron de la *pila de Volta*, la química de Berzelius, el telégrafo eléctrico, los descubrimientos de Cuvier..... y me quedé asombrada.

Pero ¡ay! no me dejaron seguir con calma y tranquilidad los estudios y maravillas de los sabios, y cuando me disponía á saludar con el alegre clamor de las campanas á un siglo tan precoz, me detuvo un insufrible olor á pólvora y un alarmante redoble militar que por los campos venían: eran yo no sé cuántos miles de franceses, verdaderos *bárbaros* del *norte*, que arruinaron bien pronto lo mejor de mis edificios, y apenas me dejaron para arroparme los tapices de la Universidad.

Es el caso que aquellos soldados, ó lo que fueran, pero malísimamente educados, como hijos de una revolución demole-dora, estuvieron unos doce años mortales haciendo horrores por mis calles, y ellos dieron principio á la triste ruina de mis monumentos, gloria del arte, asombro de los siglos, y... enojo de envidiosos, por lo visto. Y no tengo mucho más que agradecer á las tropas que vinieron en persecución de los franceses.

Para agravio de mis males se desarrolló después en España una epidemia de revoluciones y trastornos, pues los españoles creyeron llegado el caso de pedir á voz en cuello ¡revolución, que también la han hecho en Francia!, y por no ser menos los salmantinos se amotinaron cada lunes y cada martes, y ¡da pena decirlo! tomaron como blanco de sus iras el rostro venerable de su madre.

Yo ya creí estar de nuevo en la época lastimosa de los Bandos, aunque ahora faltaban arranques varoniles, ni suavizaban mi amargura los acentos celestiales de San Juan de Sahagún. En fin, no quiero acordarme de aquello.

Llegamos así á la última parte de este siglo, que no sé

cómo calificar, y parece que va teniendo más sensatez y más cordura que cuando era joven.

En estos últimos años—en buena hora lo diga—he visto que manos piadosas han emprendido la restauración de mi ancianidad, empezando por la restauración moral y religiosa, base de toda cultura verdadera, para levantar sobre ella mi prosperidad y mi vida nueva.

He visto construir con arte ó restaurar con maestría; honrar la memoria de San Juan de Sahagún, mi bendito y heroico Patrono; de Fr. Luis de Leon, mi dulce poeta, y de Cristóbal Colón, el genio á quien yo dí limosna; he presenciado con placer la vuelta de los religiosos, á quienes debo los laureles más lozanos de mi gloria; reverdecen también instituciones que añadirán nuevo brillo á mi corona; brisas de vida literaria refrescan mi frente fatigada; la actividad del comercio y los esfuerzos de la industria ¡aliento de este siglo! vienen á despertar á mis hijos, sonando á cada paso el silbato de vapor; y alumbrando esta resurrección los resplandores á un tiempo suaves y brillantes de la luz eléctrica, que al derramar su claridad sobre mis viejos edificios, parece que quieren simbolizar una guirnalda luminosa que coloca sobre mi cabeza veneranda, como homenaje de respeto, el siglo de las luces.....

*
* *

No pudo hablar más la ilustre Salamanca, bastante vieja ya, y ahora copia sus palabras el último de sus hijos

MARIANO DOMÍNGUEZ BERRUETA.



EL VATICINIO

LA ciudad, donde asentó su planta el cartaginés, y el romano hizo presa, y los hijos de Agar llenaron de espanto, libre está de enemigos con fiereza.

Cayeron los ídolos, las amazonas triunfaron del Aníbal, Muza y sus huestes aventados fueron, como las menudas arenas de los árabes desiertos.

En gran manera loado sea Jehová: su santa enseña, enseña de victoria.

No ya en Garizín, ni en Jerusalém, sino de un mar á otro mar, y en toda la tierra, y en la ciudad, que bañan las aguas, las cristalinas que cantaron los vates, y en las colinas y en las hondonadas de ella templos y templos.

Y á la sombra del templo, el grande, levantarse há torre excelsa, como torre de David, inexpugnable en los siglos, de armas pertrechada y escudos: derrotado será el mónstruo: huirá el error, como ciervo perseguido: ca, no encontrará guarida.

Y luz grande alumbra la ciudad, y la Hesperia, y las islas y el orbe todo.

Y en el recinto de ella, como enjambres de abejas, ancianos con blancas vestiduras, y varones con ropaje de vario color, y mocedad bulliciosa, ceñida de espada, nunca blandida: rendida está á los piés de la Sabiduría.

En su alcázar, lides de paz: coronas de blancas rosas ciñen las frentes de los vencedores, y óyense palmoteos de estruendo.

Mas turbarse há la paz: varona de bravura, como hiena, en largas lanzas ostentará cabezas que chorrean sangre: las cabezas de los verdugos de los hijos de ella: los amados, como á la pupila de sus ojos.

¡Ah! sobre las tumbas de los matadores las cabezas de ellos: sus bocas, como espada de fuego.

Ira, rencor, saña y gritería, en plazas, en calles, y hasta el lugar santo: lugar de sangre, como altar de víctimas con aborrecimiento.

“¡Ea! clava el dardo en el pecho del padre de tí, y á tu hermano, y al hijo del hermano, hiérele de muerte: reliquia no quede de bando enemigo,,.

“¡Va! tú por nosotros y contra ellos: de los que con afrenta grande me afrentaron, no quede memoria,,.

Y fué valladar, y muro de división entre gentes y gentes, linajes y linajes: guay de tí! si le transpasares, morirás de muerte, como corderillo devorado por el lobo con hambre de días.

Retumbará el bronce, arderá el pelear, la muchedumbre de los que caen, como erizada montaña: ensangrentadas quedan las piedras.

Llorando lloran las madres á los hijos de ellas: cayeron en tierra los mozos, como ramas de encina al golpe del leñador.

Cubrirse há el cielo, y en la tierra obscuridad: desapareció la hermosura de la ciudad, tornóse en tristeza y amargura.

Luz súbita en lo alto de ella, mensajero es del Altísimo: sus vestiduras refulgentes, su voz, voz de trueno: transpasados quedan los corazones de ellos: los tigres, como ovejas bajo el cayado.

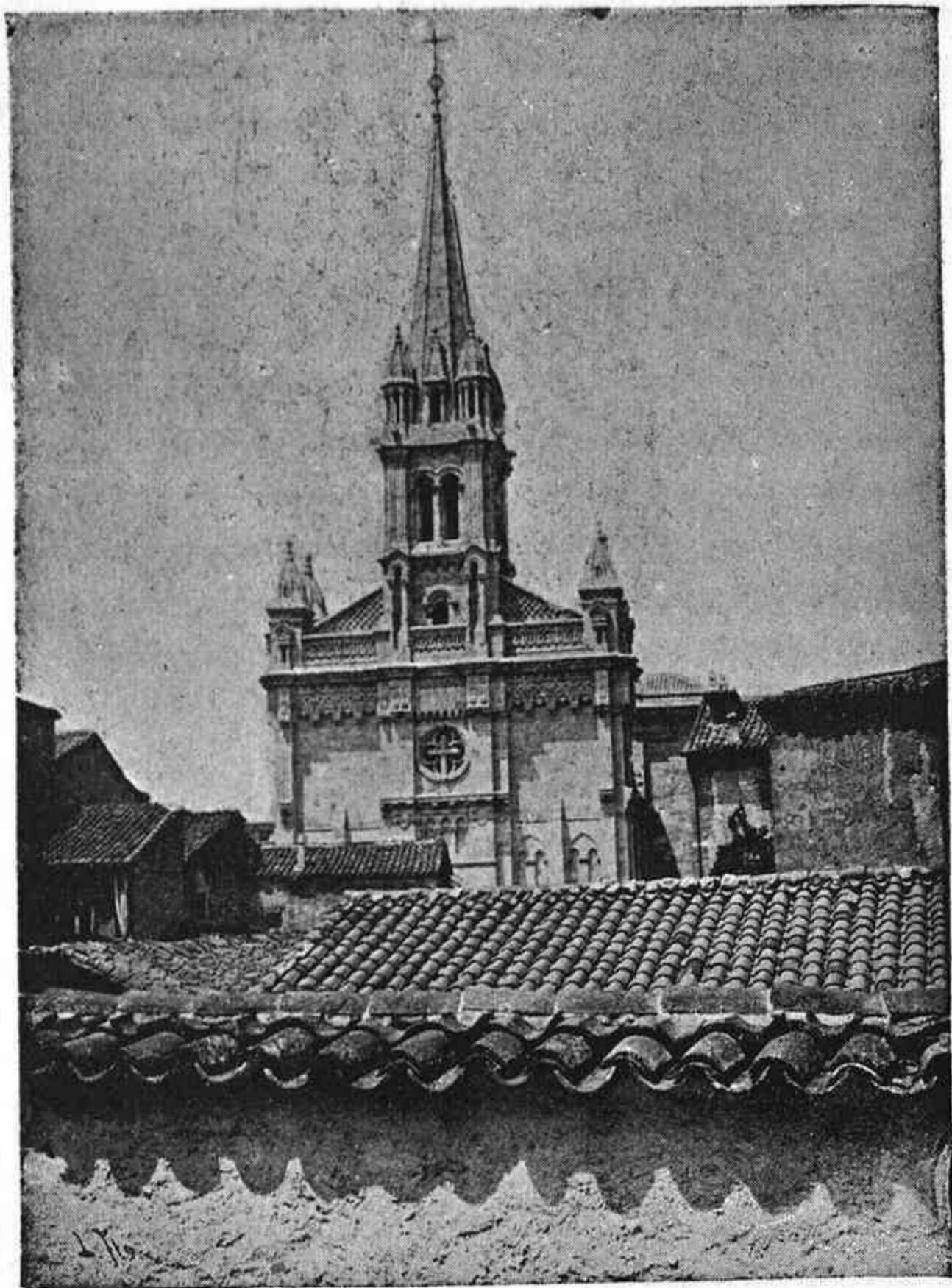
Y abrazarse han las huestes de la varona de bravurá y los enemigos de ella: la discordia huirá, como fiera á quien persigue banda de cazadores.

Y música, y cantar de himnos, y del coro de los entonadores de salmos, saldrá voz, voz de niño, cual agorero, que resonando resonará en la ciudad, y escucharán todos los moradores de ella.

Y éste será su cantar: “Vendrán días, en el rodar de los siglos, al fin del cuarto, cuando retumbe el cañón en la Antilla, la grande; entonces Jehová suscitará á su enviado y le-

vantará templo al mensajero de él, al que hizo paces y paces en las edades antiguas.

Y el que levante el templo, ceñirá correa, correa de sa-



TEMPLO PARROQUIAL DE SAN JUAN.—Vista de la torre

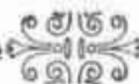
lud, y su librea de raza africana, de legión de varones santos, sostén de la Esposa del Cordero.

Y vendrán los Ungidos del Señor al templo de él, y bendecirán y loarán al Señor; porque el Dios de sus padres hizo

misericordia con ellos, y el clamor de ellos, escuchado será en las alturas.

Y apiñándose, se apiñarán las gentes, y dirán á coro: Loado sea Jehová, y su mensajero, el que trajo la paz: santo su templo, fortaleza de generación en generación,,.

FRANCISCO JARRÍN.



EL APÓSTOL DE SALAMANCA



A caridad se distingue de la filantropía como se distingue lo divino de lo humano, lo sobrenatural de lo natural, el cielo de la tierra. Por eso, al recorrer las páginas de las vidas de los Santos y contemplar los triunfos prodigiosos que obtuvieron con sus palabras y sus obras, los tesoros de bendiciones que derramaron entre sus semejantes, y el eco de gratitud eterna con que á ellas corresponden el corazón y la memoria de los pueblos, se ve claramente que, en comparación con esta grandeza sublime, es sombra vana y fugitiva la grandeza de los héroes del mundo, esclavos de la ambición, incapaces del más fecundo y hermoso de los sacrificios, que es el del amor propio.

Imposible concebir la realización de una empresa como la que llevó á cabo el Apóstol de Salamanca, sin la fuerza incontrastable, sin el imperioso atractivo de la santidad. En éste y en los demás casos análogos la elocuencia no es sólo un dón natural; es un efecto de la comunicación con Dios, es la forma visible en que se manifiesta aquella virtud sobrehumana que conquistó al mundo y le hizo adorar de rodillas *la locura de la Cruz*.

Así, por boca de San Juan de Sahagún, hablaba el Amor de los amores, que se le aparecía cuotidianamente en los al-

tares, recreándole con deliquios de inefable dulzura; y el resplandor de celestiales auroras que inundaba la inteligencia del nuevo Elías, y el fuego del Espíritu Santo que el corazón de Cristo encendía en su corazón, se convirtieron en raudal impetuoso que desbordaba de su cáuce y tendía á penetrar en las almas de los demás hombres. Como Serafín armado de la fortaleza del mismo Dios, descendía de las cumbres de la contemplación á combatir con el mónstruo de la discordia que había inundado de lágrimas y sangre, de luto y desolación el suelo de la Atenas española; y logró rendirlo á sus plantas, é hizo que se estrecharan amigas las manos que esgrimían aceros vengadores, y que los vendavales de cólera fratricida se convirtiesen en aura mansa de perdón, y que al reinado del crimen y de la barbarie sucediera el florecimiento de la paz, de la justicia y la civilización verdadera.

FR. FRANCISCO BLANCO GARCÍA

Agustino.



LEYES DE LA HISTORIA



o quisiera acordarme del pasado, porque pone en el alma pena y llanto en los ojos.

Salamanca y sus grandezas conocidas solamente por señales y rastros; caída y entre ruinas la hermosa ciudad del arte y del saber, es un cuadro que no puede contemplarse con ánimo sereno y sin que honda pesadumbre anuble nuestro semblante.

Con ser así, muchas veces parece que nos invita á ello la inclinación de hijos admiradores de la noble patria, y siempre sabe el corazón darnos un consuelo, una inspiración genero-

sa para empeñarnos en resucitar aquellos días sin noche de la Atenas española.

Con gallardía y empuje se alzaban cúpulas y torreones: la fe y la nobleza, la ciencia y el arte edificaban para sí sus casas, y los esplendores del famosísimo *Estudio* daban colorido al cielo azul de *Roma la chica*.

Salamanca llenaba el mundo, y su nombre era respetado por los Pontífices y los Reyes, por los sabios y los hombres oscuros...

Pasó aquel apogeo, cumplió su misión en la historia: enseñó y fué admirada. Su nombradía quedó escrita para siempre con caracteres que no pueden borrarse.

Una turba de gentes extrañas, una revolución insensata y una torpeza supina de los propios, hicieron venir á tierra y rodar por el suelo tanta majestad, tanto tesoro y riqueza.

Las Órdenes religiosas, que con esmero y afán cultivaron aquí todo linaje de disciplinas, dando á la Universidad maestros y discípulos ilustres, y contribuyendo decididamente á la fama, bienestar y nombradía de Salamanca, desaparecieron; una sociedad loca, que gritaba libertad, igualdad y fraternidad, á la luz de antorchas *liberalescas* y *progresistas*, vociferó *¡abajo los frailes!* y cerró los conventos para luego derribarlos impía y bárbaramente.

Lo que aconteció después no hay palabras para expresarlo.—La libertad humana se desvía y desorienta; pero ya por la senda del bien, ya por el rodeo de sus extravíos, los pueblos van llenando los destinos de la Providencia.

Salamanca quedó en el silencio, abatida, pobre.

*
* *

Preparándose estaba para Salamanca aquella edad de sus páginas de oro, creciente ya su afamado Estudio y avanzando con los privilegios de la Iglesia y de los monarcas: mas toda la esperanza para un porvenir cierto estaba casi

ahogada por el desasosiego y luchar sangriento de bandos enemigos.

En tal situación y circunstancias que una palabra ricamente castiza ha sabido describir, la Providencia se deja revelar en nuestra historia y trae de la mano á un hombre singular, en quien venían cifrados los destinos de Salamanca.

Precisamente aquel hombre se había desposeído de todo para imitar y seguir á Jesucristo, y así vésele pronto vestido de pobre hábito religioso, y un fraile es luego quien discurre por estas calles y estas plazas, trayendo con su oración y con su celo evangélico la paz y la vida al pueblo salmantino.

La memoria de ese hombre quedó grabada con esta expresión: *hic jacet per quem Salmantica non jacet*.

Y asegurada la paz, "los góticos minaretes de la Universidad, las cúpulas de los Colegios mayores y de las soberbias iglesias de los monasterios y las torres de la Catedral nueva, proclamaron en lo alto de las nubes los triunfos de la paz, de la religión y del saber,„.

En el torbellino y confusión que acabó con todo, el nombre simpático del Pacificador de Salamanca quedó sobrenadando y como una señal de victoria y resurrección.

*
* *

¿Cómo ha llegado Salamanca á las postrimerías del siglo XIX? Para qué decirlo: hoy que respiramos brisas de aliento y brillan señales de restauración, hay que dar al corazón ensanche y júbilo.

Precisamente volviendo á levantar iglesias y monasterios, va levantándose Salamanca, y precisamente volviendo también á la deuda de amor y gratitud de esta ciudad al fraile santo que la dió vida, es cuando sonríe la esperanza de vida nueva y rica para esta querida patria mía.

Son las trazas de la Providencia. Los pueblos caen y se envilecen, se pierden y obscurecen; pero Dios permite que desde el abatimiento y la ruina puedan mirar atrás, y sin ven-

da en los ojos, aprendan cuál fué la causa de su grandeza para que se levanten y vivan prósperos.

MARTÍN DOMÍNGUEZ BERRUETA.

Septiembre 1896.



PRODIGIOS DE LA PALABRA DIVINA

(Fragmento de la leyenda *Venganza y castigo*, por D. Cándido Rodríguez Pinilla, premiada en el certamen literario habido en Salamanca el 15 de Septiembre de 1889).

YA como raudal de vida
 Bulle la gente en las calles
 Próximas á San Benito,
 Cuartel de nobles linajes.
 Las campanas de la iglesia,
 Que ya en son de fiesta tañen
 Lllaman á la de aquel día
 Voces lanzando en los aires.

.

Es que á la cátedra sube
 Fray Juan, el bendito fraile,
 El pasmo de la elocuencia,
 Á quien inspiran los ángeles
 Y á quien el Señor asiste
 Para obrar prodigios grandes;
 El que en ese celo ardiendo
 Que lo imposible halla fácil,
 Tan sólo con su palabra,
 Ya melíflua, ya tonante,
 La paz del amor impuso
 A los dos Bandos rivales
 Que hicieron de Salamanca
 Un campo empapado en sangre.

.

Ya Fray Juan á hablar comienza
Con voz apagada y suave,
Como una escondida fuente
Que por entre flores nace.
Don Alvar escucha atento
Aquel rumor deleitable
Como de fuente que bulle
Y cuyos puros cristales
Quizá refrescan su alma,
Donde las pasiones arden.
Mas ya la fuente sonora
Poco á poco va trocándose
En torrente caudaloso
Que desde la altura cae,
Y luego en hirviente río
Que rompe su propio cáuce,
Y en mar al fin cuyas olas
Braman con furor salvaje.
Don Alvar siente que en su alma
Algo empieza á despertarse
Al soplo de esta elocuencia
Que luces de aurora esparce.
¡Cuántos rincones oscuros
Hay en su alma miserable!
—Que sepultéis en la sombra
Vuestros pecados, ¿qué vale
Si hay un ojo que penetra
Todas las obscuridades?
El deleite es la red de oro
Que Luzbel nos tiende hábil.
¡Ay del que hace de la vida
Como el festín de la carne!
¡Ay del alma que á él asiste
Cuando ese festín acabe!
¡Si la vida fuera eterna!
¡Si tras ella no esperase
La muerte, primer palabra
Del Juez que habrá de juzgarte!—
.
Ya el caballero no es dueño
De su corazón, que late,
Consumiéndose en la llama
De aquella candente frase,

Cuyo fuego purifica
 Y de la escoria oro extrae.
 Antes que Fray Juan concluya
 Don Alvar siente que caen
 Dos lágrimas de sus ojos:
 Son el precio de un rescate.

.

Ya el claro sol se ocultaba
 Entre purpúreos celajes
 Cuando Fray Juan trasponía
 Del convento los umbrales,
 Y al penetrar en su celda,
 Febril, trémulo, anhelante
 Un hombre se echó en sus brazos
 Sollozando:— ¡Padre, padre,
 Me habéis abierto los ojos
 Y ví á Dios! ¡Hacia Él guiadme!—

CÁNDIDO RODRÍGUEZ PINILLA.



¡VAYA UNAS FIESTAS!

Es pasmoso lo que escriben los historiadores de las fiestas verificadas en Salamanca cuando fué canonizado su Santo Patrono San Juan de Sahagún.

Acerca de este maravilloso suceso vamos á recoger algunos datos.

Luego que se tuvo noticia de la canonización (16 de Octubre de 1690) se tocaron todas las campanas, cantóse un *Te Deum* y aparecieron iluminadas todas las casas hasta la cima de los tejados.

“El día 25 de Diciembre—dice en la Historia del Santo el Excelentísimo Sr. Obispo de Salamanca—salió por las calles improvisada mascarada que representaba numeroso congreso eclesiástico y el colegio cardenalicio: el día 26 los gremios de Salamanca ordenaron muy costosa y rara mogiganga

de aves y cuadrúpedos en alternativas parejas, que con motes y letreros apropiados se llegaban á saludar á San Juan. El día 27 escribanos, mercaderes y plateros dispusieron cuarenta parejas de enjaezados caballos, y lacayos que alumbraban la comitiva, precedida de cajas y clarines, entre doscientas hachas y polvoristas que entretenían la carrera, no escaseando galas ni pedrería. El día 28 brillaron los alfareros con nueva y original mo-giganga, de trajes de distintas naciones y figuras de faunos y sátiros silvestres.

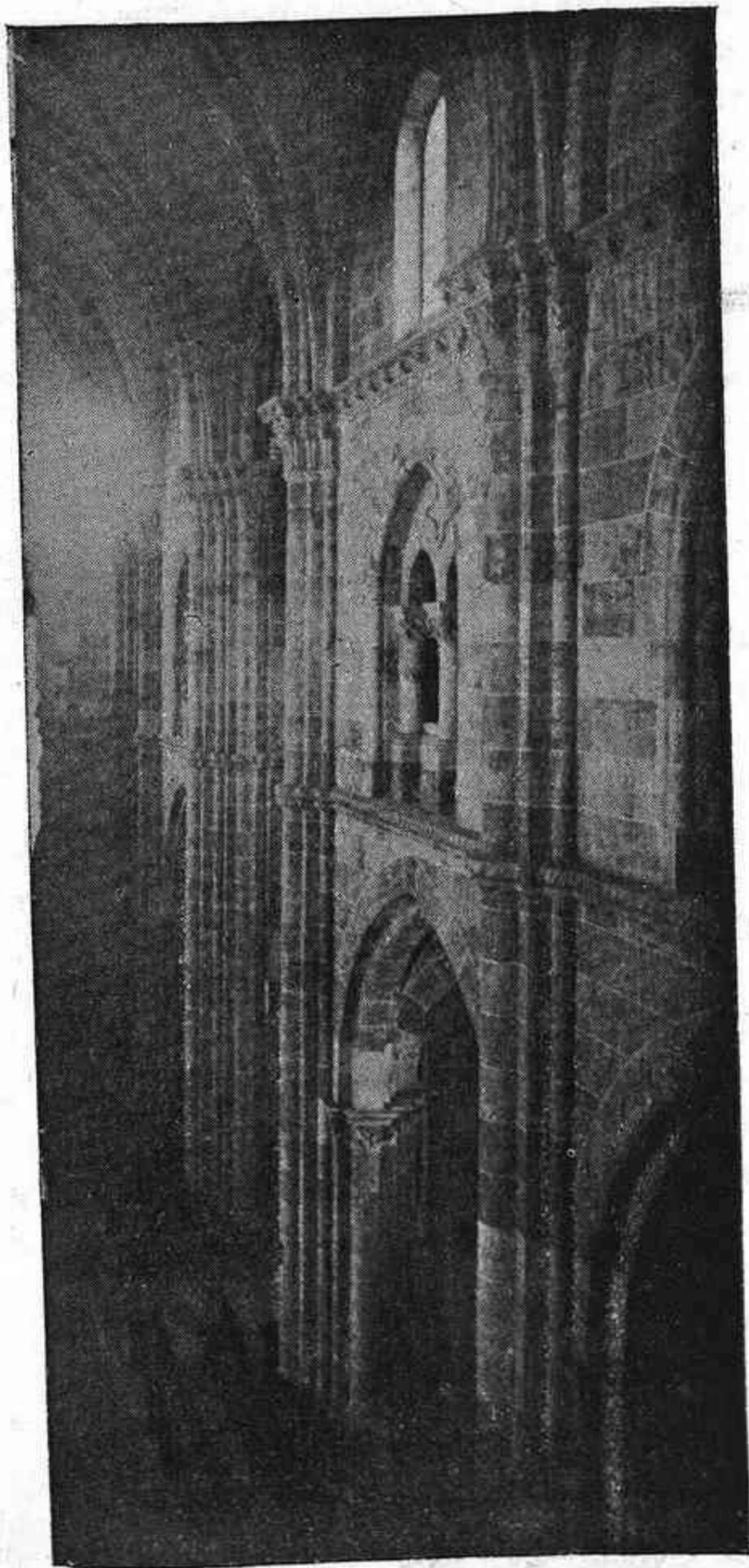
El día de Reyes de 1691 salió otra lucidísima mascarada, con tercios de tropa de los Reyes de todo el mundo, coronada por un carro triunfal y en él la imagen de San Juan de Sahagún, ricamente adornada de valiosas joyas.

*
* *

Mas todo este entusiasmo no era sino el comienzo y anuncio de aquel otro que había de desbordarse más tarde.

Oigamos al eminente historiador antes citado:

“Comenzó la iglesia Catedral iluminando en la noche sus torres, oficiando al día siguiente de Pontifical el Ilustrísimo Sr. Obispo de la diócesis D. Martín de Ascargota, con asistencia de la comunidad agustiniana y todas las autoridades, predicando el Magistral D. Alonso Muñiz. Por la tarde, partiendo de la Catedral, recorrió las calles de la ciudad preciosamente



Detalle del interior del nuevo templo

engalanadas, la procesión más brillante, concurrida y majestuosa que vió nunca Salamanca. Todas las hermandades, órdenes religiosas, los colegios mayores y menores, el Cabildo, el Prelado, el Consistorio de la ciudad, la nobleza y los gremios, con santa emulación y competencia, la cofradía de la Cruz, que hoy conocemos compuesta de hijos del pueblo, y constaba entonces de cuatrocientos cofrades, salieron compitiendo en joyas, plumajes y galas, escoltados de trescientos cincuenta mosqueteros, que en alternativos disparos hacían resonar, según frase de una historia, toda la ciudad en continuo estruendo.

Los religiosos de distintas órdenes llevaban á hombros las efigies de los santos agustinianos San Guillermo de Aquitania, San Nicolás de Tolentino, San Juan Bueno, San Antonio, San Próspero, San Fulgencio Africano, San Patricio de Irlanda, Santo Tomás de Villanueva, San Gelasio Papa, San Agustín, y, finalmente, San Juan de Sahagún, una imagen vestida de colegial, otra de agustino. Débil sería toda ponderación acerca de la riqueza y preciosidad de los hábitos y las joyas, concertado todo por las primeras señoras de Salamanca, exceptuando la imagen de San Agustín que adornaron preciosamente sus hijas del antes rico convento de Recoletas.

De los adornos de la carrera hablan los historiadores con las palabras más encarecidas y encomiásticas, especialmente de los altares del colegio mayor de San Bartolomé, gremios, y máximo convento de San Esteban de la orden de Predicadores, el del Estudio general de San Francisco, y de la afectísima religión á los agustinos de Carmelitas Descalzos, y el suntuoso de los Agustinos Recoletos. Respecto de los restantes altares, jardines, fuentes y arcos triunfales, no es posible decir por menudo, porque estaban las calles y las casas cuajadas de ellos (1). Como se dió tiempo y el concurso de huéspedes fué inmenso, no se contentaron los vecinos de esta ciudad con cuantas tapicerías, colgaduras, paños y alhajas encerraba en sí, sino que las condujeron de otras ciudades de España (2).

Diremos solamente que á la entrada de la Rúa, se alzó una fábrica de doce arcos, tres en cada una de las cuatro fachadas y cada ángulo remataba en pedestal de plata. Sobre esta base se elevaba segundo cuerpo en forma octógona, y en cada punto una estatua de plata; todo quedaba coronado por la estatua de San Juan de Sahagún que subía sobre los aleros de las casas, con ser tan altas las de la Rúa. La máquina, desde el suelo hasta los tejados, estaba cubierta de plata, como que se habían empleado cuatrocientas y cincuenta arrobas de tan precioso metal, ideado todo por el noble gremio de plateros,,.

(1) De aquella época han de venir los cuadros que todavía vemos en las fachadas de algunas casas é iglesias, habiendo desaparecido muchos otros, antes alumbrados por la piedad de nuestros mayores.

(2) Vidal, lib. V, cap. XXIV, tom. II, pág. 164.

Y á esto hay que añadir el solemne octavario celebrado en San Agustín y las suntuosísimas fiestas del Colegio de San Bartolomé, coronadas con justas literarias y músicas, fuegos é iluminaciones.

Fué muy notable el castillo de fuego preparado con este motivo en medio de la plaza Mayor. En él había figurados ocho jardines con triunfos de Hércules, y treinta y dos cipreses, también de fuego, distribuídos en varias calles.

Los gastos de estas fiestas ascendieron á muchos miles de libras de oro.



JUICIO SOLEMNE



¿FUE sueño, visión ó delirio? No lo sé, ni vale la pena de que por esta clasificación haya de someter mi espíritu á inútil tortura: lo que sí quiero es trasladar al papel la fantástica escena, antes de que se desvanezca de mi memoria su recuerdo.

Una mano misteriosa se apoderó de la mía, y, llevándome con suavidad, me introdujo en un salón espléndidamente decorado. En su fondo, bajo recamado dosel, estaba una matrona de noble aspecto y severo semblante. La juzgué reina que iba á recibir á los magnates de su corte, pero fijándome en los atributos de la justicia que delante tenía, conocí que me hallaba en un tribunal, y, en efecto, era el *tribunal de la Historia*. Aquella dama era el Juez.

Vivamente llamó mi atención el número y la calidad del público: formábanle gentes de traza nobilísima, que me parecieron de distintas épocas y naciones, ancianos la mayor parte, de veneranda calvicie unos, de nevada cabellera otros, de porte caballeresco todos.

Sentóse el Juez, y á una señal que hizo, conducida por un

Fraile y un Doctor, penetró en la estancia una mujer, á cuyo paso por entre el público se inclinaron todas las cabezas. Recibida por el Juez con una mirada de intenso cariño, ocupó á su diestra humilde sitial. Seguidamente dos esbirros introdujeron á un viejo de aspecto repulsivo, á quien hicieron sentar en el banquillo de los reos.

Y principió la vista de la causa diciendo el Juez: "Exponga sus agravios la noble ciudad de Salamanca,„.

"Tribunal augusto—exclamó entonces la dama con tantos respetos recibida,—compatriotas y extranjeros, que, interesados por mi suerte, concurrís á este solemne acto; no necesito deciros lo que en tiempos fuí, porque no ha habido lengua ni pluma que en los pasados siglos no fuese pregonera de mis grandezas; ni debiera deciros lo que ahora soy, porque ya os lo revelan mi faz marchita por el dolor y estos girones que me cubren, restos gloriosos de mi manto de púrpura y armiño. Gigantes fueron mis glorias, pero lo ha sido más mi fortaleza en la desgracia, y merced á ella no he sucumbido á sus embates. No sé cuáles designios haya formado la Providencia sobre mí: á su fallo siempre justo, siempre santo, me someto; que á ninguno cedo el honor de haber sido el más creyente, y por más creyente, el más sabio de los pueblos; mas cualquiera que sea aquel fallo, no quiero que llegue mi fin, ni aun que se prolongue más mi infortunio, sin citar ante el *Tribunal de la Historia* al causante de mis desventuras, á mi más implacable enemigo, el perverso, el caduco y expirante siglo XIX,„.

El público asaeteó con miradas de enojo al reo, y, su acusadora, trocando ya sus sollozos en acentos de viril energía, continuó:

"Fuí en las pasadas centurias reina idolatrada de propios y extraños. Del oriente y del occidente, del septentrión y del mediodía, vinieron á mí los entendimientos más privilegiados, para beber á mis pechos el néctar de la ciencia. Los Pontífices y los Reyes enriquecieron mis archivos con diplomas y privilegios no soñados siquiera. Los magnates y poderosos me pedían un asiento en mis aulas al lado de los *sopis-*

tas desheredados de la fortuna, y unos y otros paseaban triunfantes por el orbe entero la borla doctoral, labrada por mis manos. La Religión sembró mi suelo de templos, conventos y colegios, y convocando á las artes todas, las obligaron á agotar en mí su inspiración inagotable. Y me llamaron, y fuí, en verdad, la Señora de las ciencias, el gran museo del arte, el tesoro de las mayores riquezas y el imán potentísimo que atraía, á unos para que les hiciese sabios, á otros para que les hiciese santos y á muchos, en fin, ¡cuántos fueron éstos! ¡incontables! para que les otorgase el doble nimbo de la sabiduría y de la santidad.

Todo esto pasó. El siglo xix tocó con mano de fuego tan verdes y hermosos laureles y los marchitó y abrasó: aplicó su segur impía á mis grandezas y vinieron á tierra. Desde sus primeros años sació en ellas sus instintos perversos: cual si fueran juguetes para su infancia destructora mis monumentos más preciados, dirigió sobre ellos la bárbara artillería de ejércitos extranjeros. Los conventos de San Agustín, La Merced, San Cayetano, San Jerónimo y el Císter; los colegios del Rey, Oviedo, Cuenca, los Verdes, Trilingüe y tantos otros deponen contra su fiereza. Más adelante, del año 34 acá, con las mayores fuerzas que le dió la edad, y aumentada su barbarie por la embriaguez que le produjeran sus primeras hazañas, esgrimió el hacha, la piqueta y la incendiaria tea, la pólvora traidora, y es más fácil enumerar lo poco que dejó, que lo mucho que destruyera. ¿Qué hiciste, monstruo, de los conventos y colegios, que eran mi orgullo? ¿qué de sus incomparables bibliotecas? ¿qué de sus alhajas de oro, plata y pedrería? ¿qué de sus ornamentos, supremo esfuerzo de las artes? ¿qué de sus cuadros, la más brillante expresión del genio?

Tribunal agosto: castiga al malvado, pero no te ajustes á ningún código escrito, pues no lo hay que haya previsto tanto crimen y traiga aparejada la pena que merece..

“Defiéndase, si puede, el siglo xix—dijo el Juez—y viendo que el público indignado intentaba negar al reo este derecho,

añadió:—Difícil será su defensa; mas si la Historia ha de ser justa, necesita oír al acusado antes de condenarle,,.

Y pálido y convulso, presa del mayor abatimiento, así se explicó el reo:

“Mala, pésima es mi causa: no necesitaba mi acusador electrizar al auditorio con el hechizo de su elocuencia y de sus lágrimas: bastábale la razón que le asiste.

Solamente alegaré en mi defensa que mi perversidad no es tanto mía propia, como heredada: débola á mi padre el volteriano y crapuloso siglo XVIII, á mi madre la revolución francesa, la más infame y brutal que ha conocido el mundo, á la Enciclopedia racionalista que me amamantó y á las que primero fueron suaves áuras de fascinadora libertad y después huracanes de fiero libertinaje que me empujaron. Mil veces me he preguntado si era yo el moderno Atila, instrumento de las venganzas del cielo. Es lo cierto que declaré guerra á la fe, á la ciencia sólida, á la moral sana, y donde estos altísimos intereses tuvieron su más hermoso alcázar, su fortaleza más inexpugnable, allí embestí con todo mi furor. Salamanca fué, no lo niego, mi víctima predilecta, por ser la ciudad por excelencia: su culpa estuvo en su mérito: el rayo desdeña á los juncos del valle y troncha sin piedad las ramas del gigantesco cedro. Pero no todo fué obra mía; tuve cómplices y no declararé quiénes, por no añadir una aflicción más á la ciudad, á quien tanto ultrajé. No imploro perdón: sé que no lo merezco y que se me negaría. El remordimiento y el dolor llenarán los cinco años que me restan de existencia, y pasados éstos, iré á la posteridad cubierto de ignominia,,.

Calló y levantándose el Juez con majestad imponente, dijo: “Dios juzgará al siglo XIX en su justicia infinita. Yo, *la Historia*, al hacerme cargo de la conducta del reo para con su acusadora, consignaré en mis anales con negros colores todos sus delitos, pero reservaré una última página, que orlaré con rosadas tintas, para decir que en desagravio de ellos, arrepentido, *alzó un templo suntuoso* en Salamanca, donde tantos había demolido, dedicándolo á su celestial Patrono, al

Angel de la Paz. Acójase á su amparo la matrona insigne, y entienda que si consagra su corazón al que tanto la amó, convirtiendo en paz dichosa las intestinas luchas, y sabe infiltrar en el alma de sus hijos *el amor y la unión* de que tan escasos han andado *en los últimos tiempos*, el siglo xx será para ella de exaltación y bienandanza; y yo, *la Historia*, pongo por fiador del éxito de este sano consejo y halagüeña profecía, *al excelso Pacificador de Salamanca, San Juan de Sahagún*.

PEDRO GARCÍA REPILA.



LA TORRE

ALZA la frente y levantarse mira
 Hacia el cielo imponente y majestuosa
 Del templo de San Juan la esbelta torre.
 ¡Aún hay fe! Que una prenda tan preciosa
 Es imposible que jamás se borre
 En el pecho del noble salmantino.

Las furias del infierno, que invadieron
 En satánico ráudo torbellino
 Estos lugares de inmortal memoria
 Y su gloria entre escombros escondieron,
 ¡Vencidas han de ser! la fe, que aún vive,
 Volverá á continuar la antigua historia
 Que los genios del mal interrumpieron.
 ¡Esa fe gigantesca, que no arranca
 El fiero simoún del mundo impío,
 Hará grande otra vez á Salamanca!

Ya no teme el embate
 Del vicio y los errores,
 Y cual su torre se levanta airosa
 Sin temor á los vientos impetuosos,
 Así ella se eleva majestuosa
 Sobre el nivel del mundo corrompido;
 Símbolo cierto de su fe preciosa,
 Que Satán arrancarle no ha podido,

Perenne monumento
 Que recuerda á las almas contristadas:
 "Aún tiene Salamanca su cimiento,
 Que el mal no ha socavado,
 Y sobre él á edificar vuelve gozosa
 La fama que el infierno le ha robado,,
 Sí, noble Salamanca,
 Ya que despiertas del profundo sueño
 En que inerte has estado sumergida,
 No vuelvas á dejar tu santo empeño,
 Sigue esa senda de verdad y vida,
 Vuelve hacia el cielo con placer tus ojos,
 Aprende que de allí vino la gloria
 Que tu nombre hizo grande y venerado,
 Y verás otra vez que tu memoria
 Vuelve el mundo á admirar entusiasmado.

Esa torre, que, emblema de tu suerte,
 Se eleva airosa sin temor al viento,
 Que la azota con ímpetu violento,
 El estirpe pregona de tu cuna:
 Has nacido cristiana; y si un momento
 Olvidaste tu origen, que es divino,
 Hoy vuelves, Salamanca, á tu camino
 Y nuevo Sol á tu horizonte asoma,
 Del error cuando rompes las cadenas:
 ¡Volverás acaso á ser la *chica Roma!*
 ¡Tal vez vuelvas á ser *segunda Atenas!*

JOSÉ CORTÉS Y ÁLVAREZ.



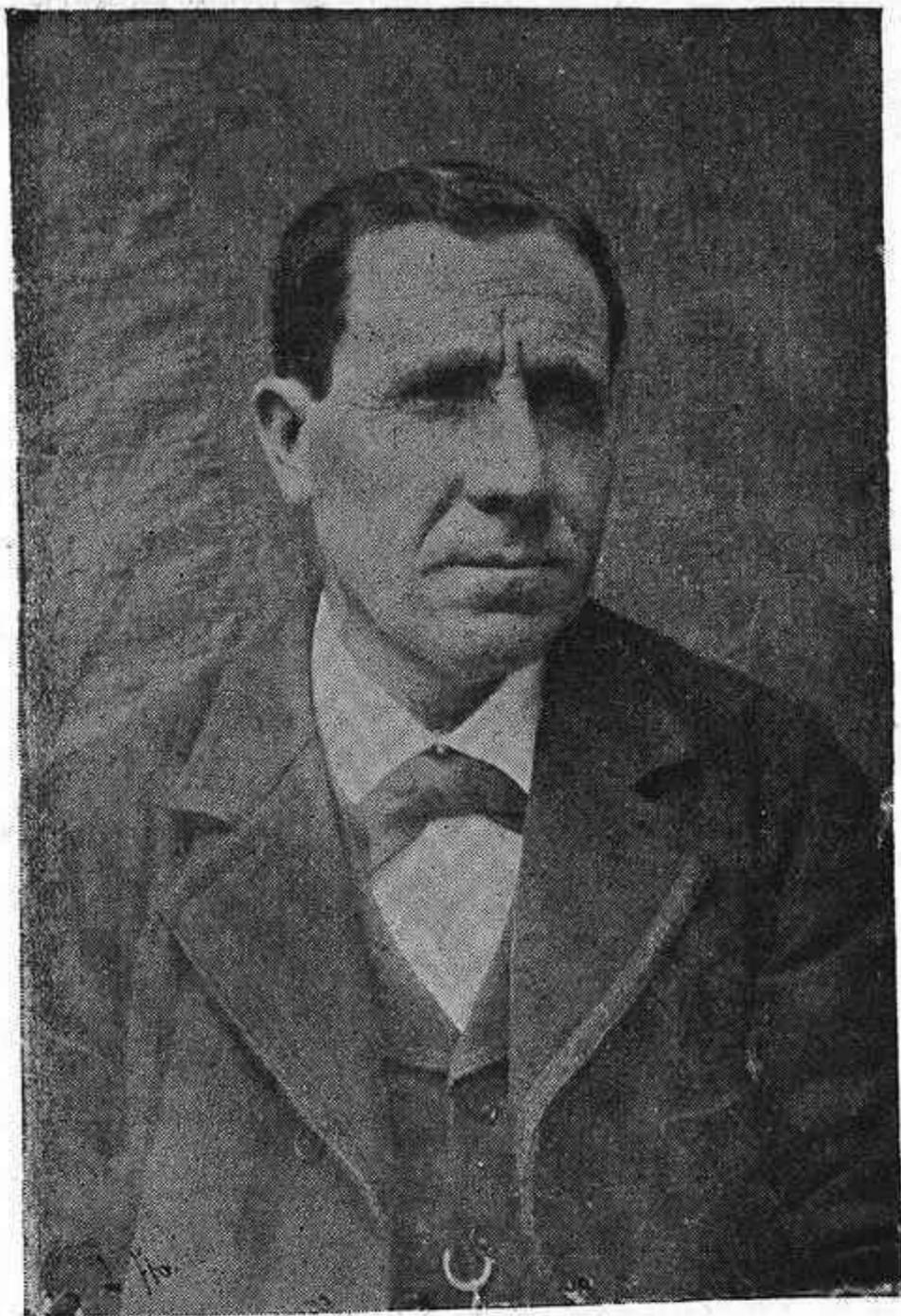
JUAN

QUIÉN es Juan?

Pues un obrero, un hijo del trabajo, un honrado artífice; pero un obrero distinguido, verdadero talento en el arte arquitectónico, que ha sido el alma de la construcción del nuevo templo parroquial erigido al Patrono de Salamanca.

Juan entiende de todo: de albañilería, labrado de piedra,

carpintería y hasta de herrería. Él ha hecho las plantillas, ha ideado los andamiajes, ha dado forma plástica á graciosos capiteles y airosas cornisas, consiguiendo levantar la empi-



D. JUAN GARCÍA

Maestro director de las obras de San Juan.

nada aguja en que termina la esbelta torre, y tallar maravillosamente la artística puerta de la sacristía.

Para comprender la aptitud excepcional de este obrero, con honores de arquitecto, baste decir que el autor de los últimos planos de San Juan de Sahagún no ha tenido necesidad de visitar las obras más que dos veces, quedando admirado del talento del Maestro director, en cuya alabanza pronunció frases muy encomiásticas:

Digno es, por tanto, este obrero de que le dediquemos un recuerdo en este extraordinario de LA SEMANA, publicando su retrato.



LOS HIJOS DE SAN AGUSTÍN EN SALAMANCA

QUE á las Órdenes religiosas debe en su mayor parte el glorioso renombre que en la Historia de Europa ostenta nuestra ilustre ciudad, cosa es por demás sabida y confirmada. Aquí dieron gallarda muestra de sus talentos y virtudes los venerables hijos del Santo anacoreta de Palestina, los penitentes y austeros del Serafín de Asís, los del bendito Juan de Mata, los que forman en la falange de sabios que acaudilla el Sol de Aquino y cobija bajo su egida Santo Domingo de Guzmán, los valerosos soldados que pertenecen á la ínclita Compañía fundada por Ignacio de Loyola y los místicos y profundos teólogos que aclaman como madre á la Reformadora del Carmelo, á la insigne Doctora, maravilla del orbe católico y honra y prez de la tierra castellana.

A ellos debe Salamanca el respeto que su nombre inspira, las celebérrimas tradiciones de su gloriosa Escuela, los tesoros del saber que guarda en sus archivos y bibliotecas y esos maravillosísimos gigantes de piedra, resto grandioso de otros muchos que le granjearon el dictado de Roma la chica, y que aún hoy constituyen un museo arquitectónico de inmensa valía, donde el viajero inteligente admira las más peregrinas labores del arte plástico, siempre inspirado por la idea hermosísima de la Religión cristiana.

De propósito hemos callado, al enumerar algunos institutos religiosos de los que existen ó han dejado recuerdos en esta ciudad, el de los sabios y esclarecidos hijos del Obispo de Hipona. De aquel soberbio convento de San Agustín, en

el que encontraron pacífico albergue tantos Santos y genios eminentes que sobresalieron en las ciencias, las artes y las letras, nada queda; de aquel templo suntuosísimo, digno de competir por su grandiosidad y belleza con los de San Esteban, San Francisco y San Jerónimo, nada queda tampoco; una mano criminal y salvaje prendió fuego á la pólvora que había de lanzar por los aires los muros de tan sublime grandeza, y el espíritu sectario del siglo quiso borrar de nuestro suelo el sitio que ocuparon, llegando en su fanatismo hasta profanar los lugares en que descansaban los restos de muchos y muy eximios varones.

No todo ha desaparecido. Jamás se borrarán de las páginas de la Historia de Salamanca las virtudes heroicas y los hechos ilustres de hijos tan preclaros de aquella Orden, como lo son San Nicolás de Tolentino, Santo Tomás de Villanueva, el Beato Orozco y San Juan de Sahagún. ¿Podrá nunca olvidar esta ciudad agradecida los favores recibidos de su Ángel tutelar? ¿Quién fué el que impuso silencio á aquella maldita campana que, en vez de congregar los fieles para la oración, lanzaba sus arrebatados sonidos para excitarlos á la lucha fratricida? ¿Quién devolvió la animación y la vida á las desiertas calles y plazas? ¿Quién hizo caer el puñal ensangrentado de las manos del asesino, é hizo firmar aquella *Concordia* que extirpó de los corazones el odio y la rabia, para dar en ellos cabida á la caridad y la mansedumbre?

No todo ha desaparecido; y para terminar, diremos que aún se levanta ante el augusto santuario del saber la estatua majestuosa de un agustino ilustre, del príncipe de nuestros poetas líricos, del inimitable autor de *Los Nombres de Cristo* y de la *Exposición del Libro de Job*, del sapientísimo Maestro Fr. Luis de Leon. Y para que nunca falte el recuerdo de los hijos de esa Orden esclarecida, hoy rige los destinos de la diócesis un agustino humilde, pero cuyo nombre figura en todas las corporaciones sabias; un agustino humilde, cuya voz elocuentísima se escucha en todos los ámbitos de España; que tiene obras de inapreciable mérito literario y científico;

que restaura nuestras hermosas catedrales y levanta templos, verdaderas joyas de arte, como lo es el que dedica al excelso patrono de esta ciudad. Ese hijo de San Agustín, dignísimo hermano de Fr. Juan de Sahagún y Fr. Luis de Leon, es Fr. Tomás de la Cámara y Castro. Dios le dé su luz y su gracia, como hasta aquí, para seguir derramando sobre sus amados diocesanos los inestimables tesoros de su talento y las inagotables larguezas de su encendida caridad.

JOSÉ GARCÍA REVILLO.



MARINAS



NICETO Marinas es el nombre del insigne escultor que ha modelado los dos relieves de la fachada principal de San Juan de Sahagún.

Tiene veintinueve años, es segoviano. El restaurador del incomparable alcázar de aquella ciudad, D. Fernando Tarragó, que hoy se ocupa en la restauración de la Catedral salmantina, conoció sus grandes aptitudes para el arte y alcanzó de la Diputación provincial que lo pensionara para estudiar la escultura en la Escuela Central de Pintura, Escultura y Grabado, en donde alcanzó los primeros premios.

Presentó su primera obra en la Exposición nacional del 87, *San Sebastián Mártir*, con la que obtuvo una segunda medalla. El 88 ganó plaza en las oposiciones á Roma. Su primer envío á la Academia obtuvo mención honorífica.

El 90 envió á la Exposición *Descanso del Modelo*, en el que reveló sus dotes excepcionales, obteniendo segunda medalla y una de oro en Munich.

Desde entonces figura entre los pocos que marchan á la cabeza de nuestra juventud artística.

En la Exposición Internacional del Centenario obtuvo medalla de primera clase por su hermoso grupo *Dos de Mayo*.

Otros trabajos, como *Los pescadores, pescados*, que obtuvo en Chicago medalla de primera; los bustos en mármol de la Duquesa de Gor, Alfonso Pidal, el busto en bronce de don Carlos Belmonte, estatuas para el señor marqués de Pidal, un relieve representando la primera visita de Pío IX á las catacumbas de San Calixto y otros, demuestran su actividad incansable y la estimación de sus talentos por parte de las personas inteligentes.

Los dos relieves para Salamanca, por su gran tamaño, y las dificultades en ellos vencidas, son de verdadera importancia en la historia de nuestras artes.

Se distingue por el esmero con que estudia el natural y por un modelado firme, gracioso y sobrio.



SAN JUAN DE SAHAGÚN

APÓSTOL DE LA PAZ



EL insigne Obispo de Hipona y doctor San Agustín definía la paz diciendo que es la tranquilidad resultante de una vida bien arreglada: *Pax est tranquillitas ordinis* (1).

El discurso de la razón, vigorizado con el testimonio elocuente é infalible del libro de la Sabiduría, nos dice que no hay más que apariencias de sosiego y de calma para el varón injusto é impío que realiza acciones atrevidas y escandalosas, ó descuida el desempeño de los oficios y deberes que le hubo confiado la providencia de Dios en los destinos del mundo; porque de otra suerte habría de apellidarse ino-

(1) S. Agust. *De Civitate Dei*, XIX, 13.

cente pasatiempo la orgía inmunda, expansión caritativa la ambición, y justicia ó rectitud cuanto cayese dentro de los límites de lo agradable ó útil, en oposición abierta á lo que reclaman de consuno la lógica y el buen sentido: *In magno viventes inscientiae bello, tot et tam magna mala pacem apelant* (1).

Es incapaz de hallarse tranquilo el que ufano pisotea la divina Ley para descansar en el seno vergonzoso de meretrices lascivas: no tiene paz el que, abusando de la fortuna que Dios le otorgara en obsequio de su prójimo, desprecia á éste y le veja con la inícuca exacción del préstamo usurario, aumentando así la miseria de quien es víctima del dolor y sufre ya los rigores de la penuria ó escasez: *Dum laetantur, insaniunt..., attendentes idólis..., in dolo contemnentes justitiam* (2).

Jesucristo vino al mundo para declarar guerra implacable á las pasiones groseras y á los apetitos viciosos: por tal motivo no puede entablar amistad con los que alberguen en su alma pensamientos torpes, ó profieran con su lengua frases indecorosas, ó se resolvieren á ejecutar acciones criminales, durmiendo el sueño de la muerte entre los aplausos de la molicie y la algazara del capricho, cual si descansaran en la protección sosegada y valiosa que Dios presta á los justos: *Vidi impios sepultos..., et laudabantur in civitate..., qui ita securi sunt, cuasi justorum facta habeant* (3).

Tampoco se cifra la paz que Jesucristo anunciara á los hombres en la ausencia de enfermedades, ni en la holgura de cuidados, ni en la satisfacción que siente el alma al gozar de riquezas abundantes y de estimación honrosa: antes al contrario, Jesús vaticinó que sus hijos predilectos padecerían angustias, tribulaciones y dolor, en el orden físico y moral; predíjoles también que serían odiados por el mundo, y que no

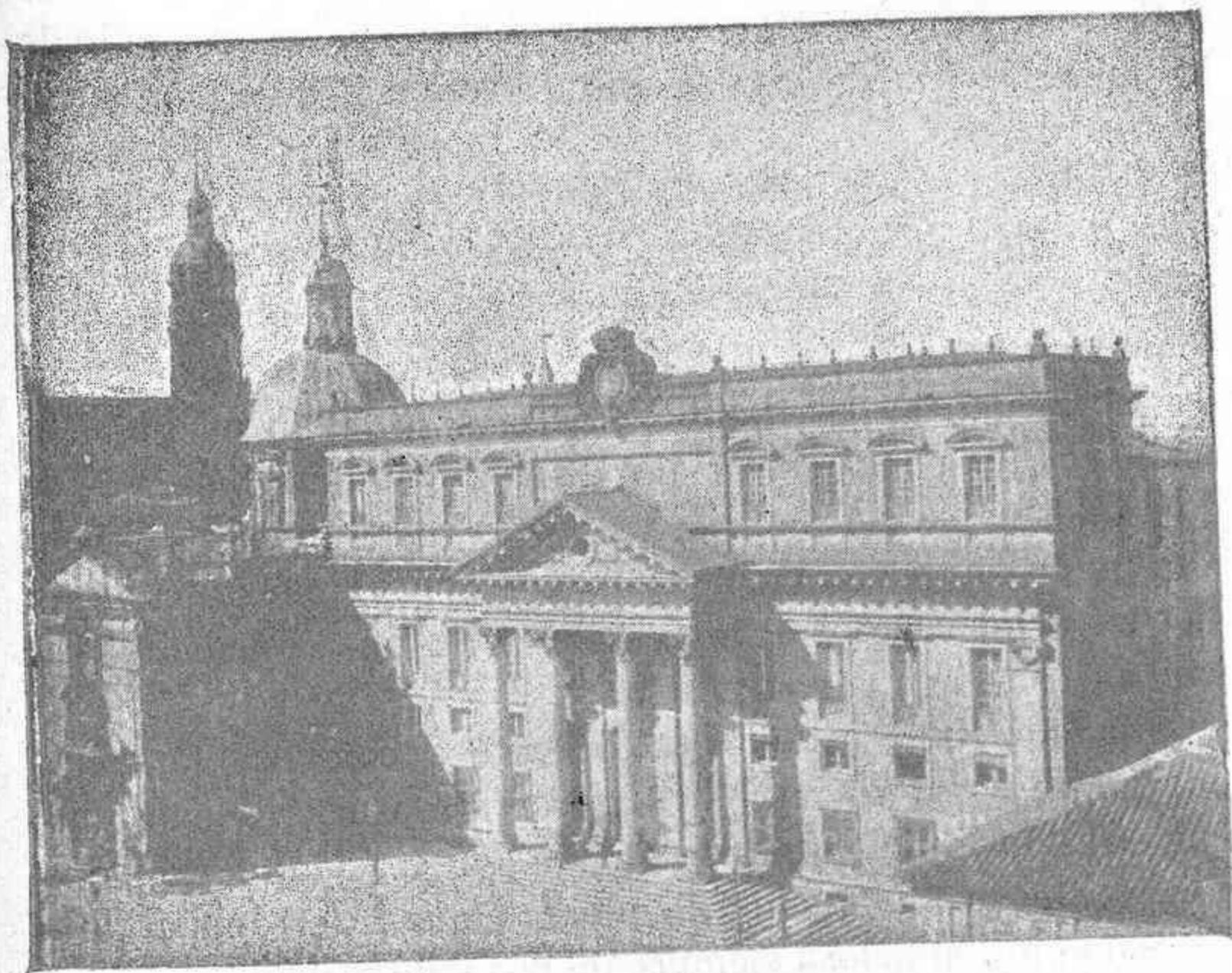
(1) Sapient. XIV, 22.

(2) Ibid. XIV, 30.

(3) Ecclesiastés VIII, 10-14.

gozarían de estima pública, y que la perversión ó la calumnia les entregaría á los tribunales, debiendo vivir siempre en vigilia y como corderos entre lobos hasta sufrir el martirio con la resignación y alegría santa que da el testimonio de la conciencia, basada en el amor al sacrificio, á la mortificación y á la cruz: *Éritis odio omnibus propter nomen meum..., cavete autem ab homínibus..., tradent enim vos* (Matth. X, 17-22).

No es la paz de Cristo una especie de tranquilidad afeminada ó de pereza impasible ante los sucesos y vicisitudes de la vida, sino que es la paciencia en los trabajos, y la energía varonil en la adversidad, y la lucha sin descanso contra las tentaciones diabólicas, y la vigilia constante contra las sugerencias malignas, y la oración fervorosa en los instantes amargos de la tribulación, y el espíritu caritativo en el soco-



SALAMANCA.—COLEGIO DE SAN BARTOLOMÉ

(Lugar donde estudió San Juan de Sahagún)

rro de las miserias de nuestros semejantes, y la huída prudente de toda ocasión de pecar, y la fiel correspondencia á las inspiraciones de la gracia, y la sumisión pronta y absoluta á los preceptos de la voluntad de Dios: *Cum placuerint Deo viae hóminis, inimicos quoque ejus convertet ad pacem* (1).

Ideas tan cristianas y sublimes de moral conducta fueron infundidas en el tierno corazón de Juan de Sahagún por sus piadosos padres D. Juan González de Castrillo y D.^a Sancha Martínez, quienes á los timbres gloriosos de ilustre nobleza unían el brillo inmaculado de una fe valiente y el hermoso ejemplo de unas costumbres sin tacha.

Dócil en corresponder Juan de Sahagún á educación tan esmerada, buscó desde la niñez las humillaciones y la mortificación, persuadido de que así construía un edificio cuyo ambiente puro y anchuroso le haría disfrutar con holgura las delicias inefables de la tranquilidad de espíritu en medio de las miserias y congojas del vivir en esta tierra de angustia y de quebranto.

Investido con el hábito de virtudes tan raras y excelentes, no habremos de extrañar que, dedicado al estudio de Humanidades en el célebre monasterio de los Santos Facundo y Primitivo, de la villa de Sahagún, en el antiguo reino de Leon, asombrara á los ascetas Benedictinos que eran sus guías y maestros, ya por la sinceridad de su alma candorosa, ya por su modestia extraordinaria, ya por su recogimiento y cordura, ya, en fin, por la piedad y fervor que manifestaba en todos los actos religiosos, hijos siempre de una conciencia pacífica é ilustrada por la gracia.

Iniciado en los estudios eclesiásticos y con vocación vehementemente al sacerdocio, recibió la primera tonsura y las órdenes menores, obteniendo por su piedad é instrucción el beneficio curado de Cordonillos: la delicadeza, empero, del alma de Juan de Sahagún, anhelosa siempre de paz y de sosiego, no le permitió disfrutar las rentas de aquella Rectoría, porque no po-

(1) Prover. XVI, 7.

día aún ejercer personalmente los ministerios sagrados (1).

Ordenado de sacerdote por el insigne Obispo de Burgos, D. Alfonso de Cartagena, modelo de saber y de virtudes en el siglo xv, fué por éste agraciado Juan de Sahagún con una Canongía y con las rentas de los beneficios de Tañebuis y Villadiego, facultándole además para hacer suyos los emolumentos de una Rectoría pingüe y de dos Capellanías, que en premio á la inocencia de vida, candor de espíritu, humildad de carácter y angelical pureza de costumbres le confería, como aprovechado discípulo, el Rvdo. Abad del monasterio de San Primitivo y Facundo.

La dignidad de Canónigo y las rentas abundosas que percibiera Juan de Sahagún por sus múltiples Beneficios y Capellanías, no satisficieron al ánimo de aquél; antes al contrario, el temor de faltar en la distribución equitativa de las limosnas á los menesterosos; el recelo prudente de aficionarse á la posesión de riquezas y honores mundanos; el amor, en fin, á la paz que produce el desasimiento de los negocios de la tierra para consagrarse de lleno y sin embarazo alguno al servicio de Dios y á la utilidad del prójimo, le movió á renunciar en manos del Obispo, su protector bondadoso, el Canonicato, la Rectoría, los Beneficios y Capellanías que poseyera (2).

Libre Juan de Sahagún de toda dignidad y carga, retiróse desde el palacio del Obispo á la iglesia de Santa Agueda de Burgos, dedicándose con admirable celo á los trabajos apostólicos del púlpito y del confesonario, y ocupando las horas de soledad en la contemplación de la vida futura, donde ni habrá acíbar que amargue los momentos del existir, ni tampoco miedo de perder los méritos conquistados en las batallas que el hombre sostiene de continuo contra los enemigos capitales de su eterna salvación.

(1) *Año Cristiano*, por el P. J. Croisset, mes de Junio, pág. 206; Barcelona, 1862.

(2) *Vida de San Juan de Sahagún*, por D. Fr. Tomás Cámara y Castro, Obispo de Salamanca, págs. 43, 45; Salamanca, imprenta de Calatrava, 1891.

La piadosa y nobilísima ciudad de Burgos no podía permanecer muda é insensible ante un modelo de virtud heroica, realizada en órganos humanos, y por doquier pregonaba la rara pobreza, rígidos ayunos, mortificación pasmosa y unción evangélica de los sermones ó exhortaciones íntimas y familiares de Juan de Sahagún.

Los aplausos burgaleses ofendieron la modestia del humildísimo Juan de Sahagún, y, para que la efímera lisonja del mundo no turbase la paz y dulce calma de su espíritu, resolvió venir á Salamanca, desnudo de ostentosas apariencias y en calidad de un simple estudiante de la Facultad de Cánones, cultivada entonces con esmero por eminentes profesores de su renombrada y esclarecida Universidad.

La Providencia divina guiaba los pasos de Juan de Sahagún, y dispuso que ingresara en el antiguo colegio de San Bartolomé de Salamanca, bajo el concepto de Capellán, destinado á mantener el decoro del culto divino, á servir á colegiales pobres y á ejercitarse en la piedad al tiempo que disponía de librería rica y copiosa para perfeccionarse en las ciencias eclesiásticas con ayuda de maestros distinguidos de la Universidad Salmanticense, cuyas lecciones oía con aprovechamiento notable (1).

Salamanca, empero, hacia la mitad del siglo xv estaba convertida en castillo formidable de defensa batalladora: el odio, el orgullo y la rivalidad de caballeros poderosos, trababa de continuo luchas sangrientas con menoscabo del orden y del público sosiego: la Universidad salmantina escuchaba con frecuencia el estampido de la pólvora, el clamoreo del combate y el ruido de las armas, careciendo de la tranquilidad y reposo necesario para el adelantamiento en el estudio de las ciencias y en el cultivo literario.

Juan de Sahagún, amante del estudio y fervoroso entusiasta de la paz, lloraba con dolor los crímenes horrendos que

(1) *Vida de San Juan de Sahagún*, por D. Fr. Tomás Cámara y Castro, Obispo de Salamanca, págs. 75 y 85.

se cometieran por señores principales en luchas fratricidas: secretas ilustraciones de la divina gracia le impulsaban á sacrificarse en provecho de la cultura moral y bienandanza de los salmantinos, interviniendo con las exhortaciones de su palabra encantadora, y con la suavidad de sus finos modales, y con el ejemplo público de su vida austera y penitente, y con los recursos de la oratoria sagrada, manejada por él con entereza varonil y unción apostólica, á fin de que cesaran los rencores, y la enemistad no se nombrase, y reinara la calma en los espíritus, y progresaran la civilización y el saber á la sombra del árbol robusto de la concordia cívica y de la hermosa tranquilidad de las conciencias.

Meditabundo y reflexivo andaba Juan de Sahagún consultando con Dios nuestro Señor sus propósitos nobles, generosos y levantados, hasta que al fin se resolvió á abandonar, para la realización de sus planes, la morada silenciosa del colegio de San Bartolomé, trocando ésta por el hospedaje modesto que en propia casa le facilitó el virtuoso Canónigo don Pedro Sánchez.

Las tareas evangélicas y conciliadoras de Juan de Sahagún comenzaron á dar resultados tan sorprendentes, que el Ayuntamiento de Salamanca le nombró predicador de la ciudad y le señaló una pensión de tres mil maravedises anuales para que en sus pláticas fomentara siempre la paz y provecho entre los ciudadanos (1).

Diez años consecutivos empleó Juan de Sahagún en arreglar voluntades mal avenidas, agotando los recursos de su ingenio y de su caridad apostólica hasta contraer una enfermedad que le puso á las puertas de la muerte: entonces prometió abandonar el siglo y ofrecer á Dios el holocausto de la propia voluntad en un Instituto religioso: recuperada, pues, la salud perdida, ingresó el 18 de Junio de 1463, á los cuarenta y cuatro años de edad, en el convento que poseyera en

(1) *Vida de San Juan de Sahagún*, por D. Fr. Tomás Cámara y Castro, Obispo de Salamanca, pág. 87.

Salamanca la esclarecida Orden de Ermitaños de San Agustín (1).

Mientras el humilde y pacífico Religioso de la Orden Agustiniense acrisolaba en el claustro su corazón puro é inocente con los rigores del aislamiento y de la perfección ascética, recrudecieron en Salamanca las enemistades y los odios: discordias insidiosas y venganzas criminales entre dos familias pudientes, la de los Manzanos y la de los Monroyes, tenían á la sazón alborotada la ciudad: amigos, deudos y parientes de una y otra parte se habían confederado, constituyendo dos Bandos opuestos, cuya divisa era la injuria y la afrenta, y el ideal perseguido la desolación, el exterminio y la muerte: los Manzanos acudían á la iglesia de San Benito, y los Monroyes á la de Santo Tomás Apóstol, utilizando el sagrado timbre de las campanas, instaladas en las parroquias respectivas, para tocar á somatén y dar el funesto grito de combate, lanzándose mutuamente á la pelea sanguinaria con detrimento de la justicia y escándalo del pueblo: las plazuelas de San Benito y de Santo Tomás no podían pisarse sino en pública refriega y con peligro inminente de perecer bajo el acerado filo de una daga homicida, ó de un golpe de lanza, ó envuelto en sangre derramada por la bala férrea de un trabuco: ni las Ciencias, ni las Letras prosperaban en época tan calamitosa de tumulto continuo y de sedición incesante.....

En circunstancias de tanto azár y desventura, el amoroso pecho de Juan de Sahagún ardía en deseos de sofocar las iras y extinguir los odios de aquellos Bandos, que se deleitaban en aprovechar la fuerza de sus músculos briosos y la energía de sus talentos en la mútua ruina y destrucción: los Superiores de la Orden de San Agustín le confiaron la árdua empresa que anhelaba, y arrostrando mil peligros, persecuciones y desprecios, consiguió infundir sentimientos de cordura y de perdón generoso en los hombres que se alimentaran del orgullo, de la crueldad y de la ira.

(1) *Año Cristiano*, mes de Junio, pág. 209, por el P. J. Croisset.

Salamanca y su Universidad recordarán siempre con gratitud y júbilo la fecha memorable del 30 de Septiembre de 1476; porque en tal día consiguió el religioso Agustino y apóstol de la paz, Juan de Sahagún, que los Maldonados, Acebedos, Nietos, Anayas, Arias, Enríquez, Dean y Arcediano de Camaces, con otros Señores ilustres en número total de veintidos, firmaran un documento legalizado en que se comprometían á deponer las armas y á procurar la concordia entre sí y demás personajes de los Bandos, bajo pena de ser perjuros, infieles á la hidalguía y traidores al honor de caballeros (1).

No se limitó Juan de Sahagún á pacificar los Bandos de Salamanca, proporcionando así brillo esplendoroso á los estudios universitarios á la vez que días tranquilos á los moradores de esta ciudad, sino que, apenada su alma compasiva de la triste situación en que se hallaran multitud de familias indigentes, procuró á éstas socorro abundante de limosnas, ya como Prior del convento de San Agustín, ya mendigando favores en obsequio suyo á las puertas de los ricos. Obrando de esta suerte tan humillante como caritativa, consiguió el Apóstol de la paz que las viudas sin amparo fuesen consoladas en su tribulación; y que los enfermos sin ayuda tuvieran medicina y los auxilios necesarios para no morir de hambre; y que los huérfanos fuesen atendidos en la educación y sustento diario; y que los artesanos modestos é industriales laboriosos no careciesen de oficio en que ocuparse para sobre llevar con paciencia las penurias fatigosas del vivir.

La angelical pureza de Juan de Sahagún y su amor á los goces que disfruta una conciencia tranquila, no le permitieron descansar hasta el instante de su muerte, acaecida el 11 de Junio de 1479, en la difícil tarea de convertir á las mujeres corrompidas por el inmundo vicio de la liviandad. La iglesia de San Lázaro, situada en aquel tiempo á las inmediaciones del río Tormes y muy próxima á las casas de mancebía, fué

(1) *Historia de Salamanca*, por M. Villar y Macías, tom. II, pág. 142 apénd. XIV, lib. V; imprenta de Núñez, Salamanca, 1887.

testigo de la sincera conversión de muchas Magdalenas que, en fuerza de las predicaciones de Juan de Sahagún, abandonaron el camino tortuoso de los placeres que habían, y emprendieron una vida austera y penitente, cuyo fin es el disfrute de las delicias celestiales, que ni envilecen al alma ni fatigan al espíritu.

Gloríese, pues, Salamanca de tener por Abogado y Patrono ante la Majestad divina á un varón tan esclarecido en virtudes y tan eminente en heroica santidad... Hagamos votos al cielo, á fin de que el templo consagrado á la eternal gloria de Dios y en testimonio de grata memoria, veneración religiosa y respeto profundo á Juan de Sahagún, sirva para mantener la armonía deliciosa de la paz entre los moradores de la ciudad salmantina, cuyo suelo hubo regado Aquél con sus lágrimas y edificado con su vida penitente, conduciendo á los que le pisaran por la senda del orden, que es la prenda segura del brillo esplendoroso y del honor verdadero.

JUAN MANUEL BELLIDO CARBAYO.

Seminario Central de Salamanca, 3 de Septiembre de 1896.



EL PRIMER DÍA DE FIESTA

NACARADAS nubes esmaltan el azul del firmamento; el astro del día arroja encendidas llamaradas sobre las esbeltas y elegantes cúpulas de las torres, y raudales de claridad sobre las ayer obscuras y ensangrentadas calles; las vibrantes campanas, que hacía tiempo no dejaban oír más que fúnebres sonidos, vuelven alegres y regocijadas á soltar sus metálicas lenguas, para cantar himnos de placer; los instrumentos músicos que no sabían ya entonar sino mar-

chas guerreras para enardecer á los fratricidas combatientes, hoy preludian alegres melodías que embriagan de dicha á los más insensibles corazones... Los lagos de sangre se han convertido en lagos de placer; el odio que ennegrecía los corazones, en amor que los inunda de vivísima luz; al relámpago que brotaba del choque de las espadas, ha sucedido el inocente resplandor del cohete... Por todas partes bailes y músicas, el placer, la algazara, el contento, la luz, la vida... ¿A qué obedece tan brusca transformación? ¡Ah! Es que celebra Salamanca el primer día de fiesta, después que los Bandos que la desgarraban se han dado, gracias á Fr. Juan de Sahagún, el apretado y primer abrazo de la paz.

TEÓFILO MÉNDEZ POLO.



POST NUBILA PHCEBUS

SONETO (1)

UN pueblo en guerra inícuca y despiadada
 donde tan sólo impera lo inhumano,
 sin más derecho que el rencor insano
 ni más razón que la tajante espada.

En la feroz cuchilla ensangrentada
 ponen su afán el noble y el villano,
 matador el hermano es del hermano
 y éslo el doncel de la doncella amada.

Con la elocuencia en los vibrantes labios
 un monje humilde y con la fe por guía,
 seca en los corazones los agravios,
 prende el amor donde antes la falsía
 y á la ciudad insigne de los sabios
 vuelve á alumbrarla de la paz el día.

José LÓPEZ ALONSO.

(1) Este soneto está inspirado en la contemplación del bajorelieve de Marinas, *La Pacificación de los Bandos*, colocado en la fachada de la nueva iglesia de San Juan de Sahagún.

SAN JUAN Y EL COLEGIO DE SAN BARTOLOMÉ

SIN más compañía que la humildad y la pobreza, patrimonio de las almas grandes, encendidas al calor de la oración, templadas en la hoguera del desasimiento y desprecio de las cosas de la tierra y abrasadas en el volcán del amor divino, entró Juan de Sahagún en Salamanca, con ánimo resuelto de consagrarse de lleno al estudio, sin abandonar por ello la predicación de la palabra divina.

No seré yo quien se atreva á escudriñar las impresiones de su bendita alma y los sentimientos de su corazón bondadoso, al recorrer por vez primera las calles y plazas de la nueva morada y al visitar los suntuosos templos y ricos monumentos que hermoseaban su suelo con el bello desorden de su caprichosa distribución, á semejanza de las flores que embellecen la verde alfombra de los valles al sonreír de la primavera; pero es lo cierto, que, al abrirse para él las puertas de nuestra culta ciudad, se le abría, en expresión de uno de sus ilustres biógrafos, “el anchuroso campo de sus fatigas, la copiosa mies de su cosecha, el teatro de sus estupendos prodigios y el espléndido trono de su gloria”.

Apenas había comenzado el humilde estudiante á saborear las dulzuras de la ciencia, que brotaba á torrentes de los autorizados labios de sus ilustres profesores, cuando el Colegio de San Bartolomé, entonces naciente, que se preparaba para celebrar con inusitada pompa la fiesta del titular de su iglesia, ora movido por las virtudes que resplandecían en el rostro sereno y tranquilo del joven levita, ora guiado por la fama de su extraordinaria elocuencia ó quizá inspirado por una luz del cielo que pretendía unir en perpétuo abrazo el nombre del Colegio al del futuro Patrono de Salamanca, en-

comendó á nuestro joven sacerdote el panegírico del Santo.

Con tal maestría y desembarazo cumplió San Juan su cometido y tan gallarda muestra dió del celo de su alma en la exposición de la doctrina evangélica, que el Rector y Colegiales de San Bartolomé, admirados de su unción sobrenatural y divina y del fuego de sus palabras, como si vislumbra- sen que la santidad del fogoso orador había de ser el princi- pal blasón y el timbre más glorioso que la divina Providencia deparaba á la naciente comunidad, invitaron unánimemente y trabajaron con ardor, para que aceptara una plaza de Ca- pellán, vacante á la sazón en el Colegio.

Accedió gustosísimo el Santo á la petición del Rector y Colegiales y supo apreciar este gran beneficio como un dón del cielo, que le entreabría nuevos horizontes de luz y de es- peranza y ponía en sus manos nuevos medios de abrillantar el mérito de su alma, ansiosa de soledad y recogimiento.

Así se unieron y adunaron para siempre el humilde y santo estudiante y el naciente Colegio de San Bartolomé; y uno y otro, impelidos por el ardor y el entusiasmo propios de sus juveniles años, se prestaron mútua ayuda y frater- nal apoyo; acrecentando éste la ciencia del Santo con el cau- dal de su escogida y rica biblioteca, y esparciendo el Santo por los claustros del Colegio el suave olor de la santidad y el grato aroma de las virtudes. Porque, sólo con el ingreso de San Juan de Sahagún en San Bartolomé, pudo este Cole- gio orlar su frente con la aureola de la gloria, que es, sin dis- puta, mucho más brillante y encantadora que la diadema de la ciencia, que habían ceñido sobre sus sienes los Tostados, Dezas y Mendozas.

Desde aquella fecha, siempre memorable para la ciudad del Tormes, viven juntos en el corazón de los salmantinos estos dos nombres, que la historia se ha encargado de man- tener unidos en una de sus más brillantes páginas.

Y juntos vivirán perpétuamente, por que abrigamos la es- peranza de que los nobles habitantes de nuestro suelo, jamás consentirán que se separen y desaparezcan estas dos precia-

das joyas, que forman unidas el más rico florón de la corona que circunda la frente, ya rugosa, de la celebrada Atenas española.

AURELIANO SEVILLANO.



DATOS CURIOSOS

LA primera piedra del templo de San Juan de Sahagún la bendijo y colocó el Excmo. Sr. Obispo de Salamanca el día 1.º de Marzo de 1891.

El acta colocada dentro de la dicha primera piedra decía:

“En el día 1.º de Marzo del año del Señor 1891, domingo tercero de Cuaresma, siendo Pontífice Romano Su Santidad Leon XIII y reinando en España S. M. D. Alfonso XIII, el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Salamanca Doctor D. Fr. Tomás Cámara y Castro, de la Orden de San Agustín, bendijo y colocó esta primera piedra del templo que la diócesi levanta á su celestial Patrono, conforme á los planos del arquitecto D. Joaquín Vargas. Fué padrino en esta sagrada ceremonia el Sr. D. Matías Prieto, Alcalde presidente del Excmo. Ayuntamiento en representación de la ciudad. Quiera Dios, por la intercesión del Ángel de la Paz San Juan de Sahagún, que Salamanca conserve en los futuros siglos viva y ardiente la fe que heredó de sus mayores,,. *(Siguen las firmas)*.

Desde el comienzo de las obras hasta fin del año 92 se gastaron en la construcción 127.546'85 pesetas.

Los trabajos estuvieron interrumpidos algún tiempo. En el año 93 se gastaron 71.840'60.

En el año 94: 53.919'96.

En el año 95 importaron los gastos 62.325'67.

Y en el año actual hasta Agosto: 15.680'59.

A fin de Junio del 94, por renuncia del arquitecto Sr. Vargas, se encargó de las obras D. José María Basterra.

En el mismo mes de Junio del 94 se puso la última cornisa de los muros y se comenzó la torre.

Las maderas empleadas en andamiajes, parte del tejado y pavimentos, han costado próximamente 20.000 pesetas, y la armadura de hierro de la cubierta, 37.770.

Hánse empleado en la construcción unos 50.000 jornales, trabajando, por término medio, 45 obreros diariamente, cuyos sueldos han ascendido á unas 150.000 pesetas. ¡Cuántos hijos del trabajo habrán comido pan en Salamanca durante cinco años con esta cantidad!

Los magníficos relieves colocados en la fachada, costaron: para el escultor, 18.000 pesetas; para el fundidor, 27.000; portes y colocación, 2.000 pesetas.

El decorado interior del templo, incluyendo altares, púlpito, confesonarios, etc., importó próximamente 25.000 pesetas.

Como se ve por los anteriores datos, ha costado el nuevo templo muy cerca de 400.000 pesetas.

La subscripción abierta en LA SEMANA CATÓLICA para las

obras de citada iglesia, ascendió: en el primer período (hasta el año 1893) á 13.637'50 pesetas; y en el segundo á 2.821'75.

El día 28 de Agosto de 1895 se puso la veleta, echándose á vuelo las campanas en señal de haber terminado las obras de fábrica.

Está enclavado el nuevo templo sobre el área que ocupaba el antiguo de San Mateo. Mide en su interior 36 metros 20 centímetros de longitud y 25 metros 25 centímetros de anchura. La torre tiene 50 metros de altura, de los cuales corresponden 24 á la aguja.

Da acceso al templo, por la puerta principal, una escalinata granítica, y el orden del edificio es románico-bizantino con tendencias al ojival.

Además de la alta dirección de los Arquitectos Sres. Vargas y Basterra, ha contribuído en gran manera á imprimir actividad á las obras, el Maestro Juan García, y, más que nadie, el inteligente Mayordomo del Sr. Obispo, D. Felix Hinojar Macarrón, quien ha conseguido, con su incansable celo y diligencia, que los trabajos hayan llegado á feliz término muchos meses antes de lo que esperarse pudiera, dada la magnitud del proyecto del nuevo templo.

Se abrió al culto esta monumental iglesia, celebrándose solemne tríduo, el 21 de Noviembre de 1895.

N. P.



HIMNO Á SAN JUAN DE SAHAGÚN

CORO

*Alegres entonemos
un himno de ventura
al Ángel de dulzura
San Juan de Sahagún.*

ESTROFAS

1.^a

Resuene en el espacio
un grito de alegría
que llegue en este día
los cielos á escalar.
Desbórdese á torrentes
del alma el sentimiento,
cantando en dulce acento
al Ángel de la Paz.

2.^a

De Salamanca el suelo
era de sangre un mar,
que el hombre á derramar
se atreve con furor;
mas de Juan el acento
al brotar de sus labios
destruye los agravios
y los trueca en amor.

3.^a

Las calles y las plazas
sus milagros pregonan;
y mil himnos entonan
las gentes por doquier
al Santo agustiniano
de esta ciudad la gloria,
que de eternal memoria
orlando está su sién.

4.^a

Con palabra de fuego,
tronando contra el vicio,
al divino servicio
atrae al pecador.
Apóstol incansable,
en santidad creciendo,
por la virtud subiendo
lleva al hombre hasta Dios.

*Alegres entonemos
un himno de ventura
al Ángel de dulzura
San Juan de Sahagún.*



Himno a S.^{to} Juan de Sahagun

Coro A le. gres. en. to. ne. mos un
 Acompañto (556) *Marchal*

him. no de ven. tu. ra al An. gel de. dul. zu. ra San Juan de Saha-

gun A. le. gres en co ne mos un him. no de ven. tu. ra al

An. gel de dul zu. ra San Juan de Saha. gun

Fin

Estrofas

Re . sue . ne en el es pa . cio un gri . to de a . le . gri . a que lle . gue en es . te

di . a los cie . los a . es . ca lar Des bor . de se . a to rren . tes del

al ma el sen . ti . mien . to san tan do en dul . cea . cen : to al An . gel de la

paz can tan do en dul . cea cen to al An . gel de la paz

D.C. al Coro

Pedro Martinez.

CEREMONIAS DE LA CONSAGRACIÓN DE UN TEMPLO

LA *víspera*.—El día anterior á la consagración, por la tarde, se preparan en una capilla, cercana á la iglesia que se ha de consagrar, las reliquias que al día siguiente deben servir para la ceremonia. Estas reliquias han de ser, por lo menos dos, de Santos mártires, envuelta cada cual en un papelito con los nombres de los Santos á quienes pertenecen. Todas ellas se ponen en una cajita.

También van dentro de la caja tres granitos de incienso y un pergamino en que se expresa el año, día y mes en que se hace la consagración, con el nombre del Prelado consagrante, el Santo en cuyo honor se dedica la iglesia y reliquias de los Santos que en ella se contienen. Cerrada por el Prelado y atada con una cinta de seda encarnada, se sella donde se unen los dos extremos de la cinta con el sello episcopal. Esta caja se pone dentro de otra mayor y se coloca en el altar con dos velas encendidas, permaneciendo allí velada por sacerdotes hasta la hora de poner las reliquias en el altar consagrado. Los sacerdotes rezan los *Maitines* de los Mártires.

El comienzo de la ceremonia.—La función se ha de comenzar temprano, pues se invierte en ella unas cinco horas.

Al principio no se permite entrar á ningún seglar. Sentado el Prelado en el faldistorio, manda que se enciendan las velas que están delante de las cruces de la pared, é inmediatamente se organiza la procesión al lugar donde se dejaron el día anterior las reliquias. Durante la procesión las puertas de la iglesia permanecen cerradas, quedando sólo dentro un diácono que no permitirá entrar á nadie.

En el lugar donde están las reliquias se arrodilla el Prela-

do y, después de hacer oración, se sienta y toma las vestiduras pontificales, lavándose antes las manos. Lee la antífona *Ne reminiscaris*, y los cantores recitan con el clero los salmos penitenciales. Acabados éstos, sólo el Prelado repite la antífona, é inmediatamente se dirige en procesión á la puerta principal de la iglesia. Allí, sin mitra ni báculo, entona una antífona y dice las oraciones del Pontifical, arrodillándose después en el faldistorio. Todo el clero también se arrodilla, é inmediatamente los cantores entonan las Letanías. Terminadas, bendice el Prelado el agua, y con el aspersorio, hecho de la yerba llamada hisopo, mirando hacia la puerta de la iglesia, entona la antífona *Asperges*, y rocía asimismo, al clero y á los presentes. Comienzan luego tres aspersiones con agua bendita en derredor de la iglesia por la parte exterior: la primera en lo alto del muro, la segunda en la parte baja y la tercera en la parte media.

Después abre el diácono la puerta, entrando sólo el Prelado con los Ministros, no sin hacer antes en el umbral con el báculo el signo de la cruz. Canta después *Pax huic domui*, entrando á continuación la cruz, ciriales, cantores, los clérigos que estén de servicio y algunos obreros, cerrándose otra vez la puerta y quedando fuera el resto del clero y los seculares.

Continuación de la ceremonia. — El Prelado, en medio del templo, entona el *Veni Creator* y, terminado, vuelve á cantarse la Letanía, leyendo el Prelado varias oraciones. Luego, con el extremo del báculo, hace el alfabeto griego y el latino sobre la ceniza que está extendida, en forma de cruz, en el centro de la iglesia, y dice tres veces acercándose al altar: *Deus in adiutorium*, etc.

Preparativos para la consagración del altar. — Después el Prelado bendice el agua para la consagración del ara, mezclándola con sal, ceniza y vino, y rezando entretanto las oraciones del Pontifical. Con mitra y báculo va á las puertas de

la iglesia, y con la extremidad del báculo hace dos cruces en dichas puertas, una en la parte superior y la otra en la inferior, volviendo al altar terminada la oración. Al llegar toma agua bendita y con el índice hace la cruz en el centro de la mesa, bendiciéndola tres veces, y lo mismo en los cuatro extremos. Por siete veces rocía á continuación el altar, y luego todos los muros del templo en el interior tres veces, como lo hizo al principio en la parte de fuera, y el suelo todo, terminando con dirigirse á los cuatro puntos cardinales con el aspersorio.

Otra procesión.—Bendecido el cemento, con el que se ha de tapar el sepulcro donde han de colocarse las reliquias, mientras el agua sobrante la esparce un clérigo por el pié del altar, se organiza la procesión para buscar las reliquias, teniendo las puertas de la iglesia abiertas, pero sin que entre nadie. Al llegar la procesión con las reliquias ante la puerta de la iglesia, se colocan sobre un altar y el clero forma alrededor, pero cuidando de que el pueblo vea al Prelado. Éste, sentado, dirige la palabra á los fieles. Terminada la plática y dichas las oraciones correspondientes, llega á la puerta de la iglesia, y con el santo crisma hace tres cruces en la piedra del lado derecho y otras tres en la del izquierdo, entrando luego la procesión en la iglesia.

La consagración propiamente dicha.—Acompañando á las sagradas reliquias entra el clero. El Prelado unge con el santo crisma el sepulcro donde han de descansar precitadas reliquias. Inciensa varias veces y procede á ungir con Oleo también el altar en los cuatro extremos, centro y costados. Inciensa de nuevo y vuelve á ungir con crisma en igual forma, derramando por fin uno y otro sobre la mesa del altar y extendiéndolo con la mano.

Unción de las cruces en los muros del templo.—Comienza después á ungir las cruces señaladas en el muro y ante las

cuales lucen velas, y entre tanto un sacerdote estará incensando el altar.

Cremación de los granos de incienso sobre el ara.—Bendice después el Prelado varios granos de incienso que se colocan en los extremos y centro de la mesa. Sobre ellos se pone cerilla que un clérigo enciende, dejándola hasta que se consumen totalmente incienso y cera.

A continuación, después de varias oraciones, unge el Prelado con crisma la parte media del frontal, haciendo también cruces en los cuatro ángulos.

Bendición de manteles.—Limpio después el altar y recitadas las últimas oraciones, se bendicen los manteles por el Prelado, y, si ya estuvieran, se procede al punto á la celebración de la santa misa, que suele ser pontifical, aun cuando puede celebrarla cualquier sacerdote.

Hé aquí una sucinta reseña del grandioso ceremonial que la Iglesia usa en la consagración de sus templos.



ANÉCDOTAS É HISTORIETAS

EXCELENTE *nadador*.—Montado en borrico flaco y viejo caminaba un día San Juan de Sahagún por un paraje no muy lejano de Béjar; y teniendo que atravesar el río *Cuerpo de hombre*, tropezó la bestezuela con los guijarros en medio de la corriente, cayendo nuestro Santo al agua.

—¡Pobre fraile!—exclamaban los que le vieron sumergirse—se ahoga sin remedio, si no nada muy bien.

Y lo peor de todo era que San Juan no sabía nadar, ni los que estaban á la orilla se atrevían á arrojarse al agua para salvarle.

Pero ¿qué importa? Minutos después llegaba el Santo religioso á la orilla, sin habersele mojado siquiera el hábito, y eso que estuvo todo aquel tiempo debajo del agua.

El fraile gracioso y los escotes.—Rebosaba de gente el templo del Señor. Aquel día predicaba Fr. Juan, *el fraile gracioso*, como le llamaban muchos en Salamanca por su oratoria dulce é ingeniosa para atraer los corazones.

Mas en esta ocasión el religioso se mostró asáz severo. Su gran pureza le hacía tronar con voz de fuego contra el vicio y la lascivia. No podía consentir la limpieza de corazón de Fr. Juan que nadie sirviera de tropiezo en el mundo á su prójimo, precipitándole en el infierno.

Por eso levantó su voz de ángel en el día á que nos referimos, para refrenar la liviandad de ciertas mujeres, que con sus trajes provocativos y escotes, servían de red á los pecadores.

Mas ya se sabe: la mujer en tocándole á sus atavíos, cintajos y modas, no transige ni con el más santo; y en la misma iglesia fueron acogidas las palabras de Fr. Juan con murmullo de desaprobación.

Y no paró aquí la cosa: aquellas víboras, agrupadas en montón á la salida del templo, dieron suelta á sus lenguas y... seguramente lo pasa mal nuestro buen Santo, si unos caballeros con gran cordura no le hubieran defendido, acompañándole después hasta el convento.

Molino de viento.—El caso fué chistosísimo. Un caballero distinguido más que por su alcurnia por los enconos de bandería, que agitaban á Salamanca en el siglo xv, se irritó de tal manera con San Juan de Sahagún porque predicaba la paz, que juró vengarse del humilde religioso.

Es menester—dijo á dos de sus criados—que hoy cuando salga Fr. Juan de San Martín—le déis una soberana paliza. A ver si ese fraile nos deja de sermoncitos.

—Se hará, señor.

Y en efecto, al terminar la fiesta religiosa, dos hombres la emprendieron á palo seco junto á la puerta de San Martín contra el pobre religioso que acababa de predicar.

Pero al arremeter y levantar en alto los garrotes, éstos se quedan cruzados cual suspensas aspas de molino de viento, sin que hubiera fuerzas humanas capaces de mover aquellos palos.

Los que sí se movieron fueron los corazones de los criminales, que cayeron de rodillas implorando el perdón.

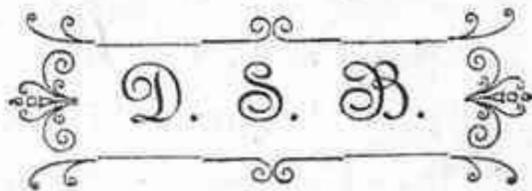
El vestido de fiesta.—No muy sobrado andaba Juan siendo estudiante en Salamanca, cuando acertó á pedirle una limosna uno de los pobres que vagaban por las calles de la ciudad.

—Hermano—le dijo el estudiante—no tengo *blanca*, ni siquiera *negra*, pero ahí va mi vestido.

Y cuenta la historia que le dió su mejor hábito, el de los días de fiesta.

¡Qué caridad! Ya habrán comprendido los lectores que el estudiante Juan era nuestro angelical Patrono, San Juan de Sahagún.

NICOLÁS PEREIRA.



SUMARIO

—

I. Dedicatoria.—II. San Juan de Sahagún en Salamanca, por el *Excelentísimo é Ilmo. Sr. Obispo de Salamanca*.—III. Voto de la ciudad de Salamanca al Bienaventurado Juan de Sahagún.—IV. La lámpara del Santuario y el Ángel de la Paz (Fantasía), por *don Nicolás Pereira*.—V. San Juan de Sahagún (Tradiciones y recuerdos), por *don Jacinto Vázquez de Parga*.—VI. Olor de santidad, por *don Juan Domínguez Berrueta*.—VII. “Exegi monumentum,,”, por *don Tomás Redondo*.—VIII. Fray Juan en Sahagún, por *don Ramón Barberá*.—IX. La palabra del Apóstol, por el *P. Zacarías Martínez Niñez*, Agustino.—X. El Ángel de la Paz (poesía), por *don Teófilo Méndez Polo*.—XI. La cuba de San Juan de Sahagún, por *don Nicolás Pereira*.—XII. Salamanca y el siglo XIX, por *don Mariano Domínguez Berrueta*.—XIII. El Vaticinio, por *don Francisco Jarrín*.—XIV. El Apóstol de Salamanca, por el *P. Francisco Blanco García*, Agustino.—XV. Leyes de la Historia, por *don Martín Domínguez Berrueta*.—XVI. Prodigios de la palabra divina (poesía), por *don Cándido Rodríguez Pinilla*.—XVII. ¡Vaya unas fiestas!—XVIII. Juicio solemne, por *don Pedro García Repila*.—XIX. La Torre (poesía), por *don José Cortés y Álvarez*.—XX. Juan.—XXI. Los hijos de San Agustín en Salamanca, por *don José García Revillo*.—XXII. Marinas.—XXIII. San Juan de Sahagún, Apóstol de la Paz, por *don Juan Manuel Bellido Carbayo*.—XXIV. El primer día de fiesta, por *don Teófilo Méndez Polo*.—XXV. “Post nubila phœbus,, (poesía), por *don José López Alonso*.—XXVI. San Juan y el Colegio de San Bartolomé, por *don Aureliano Sevillano*.—XXVII. Datos curiosos, por *N. P.*—XXVIII. Himno á San Juan de Sahagún.—XXIX. Ceremonias de la consagración de un templo.—XXX. Anécdotas é historietas, por *don Nicolás Pereira*.

GRABADOS.—San Juan de Sahagún, Patrono de Salamanca.—El Milagro del Pozo Amarillo.—El Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Salamanca.—San Juan de Sahagún pacificando los Bandos de Salamanca.—Templo parroquial de San Juan de Sahagún; vista de la torre.—Detalle del interior del nuevo templo.—Don Juan García.—Colegio de San Bartolomé de Salamanca.—Himno á San Juan de Sahagún (partitura).

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, á cargo de L. Rodríguez.

Teléfono núm. 17.